

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

AÑO XLI

NUMEROS 644 - 645

BARCELONA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1984



SUMARIO

REFLEXIONES EN TORNO A UN ANIVERSARIO

Luis Comas Zavala

CONMEMORACION DEL XL ANIVERSARIO DE «CRISTIANDAD»

Fco. Javier G. de Polavieja

LA ESPERANZA DEL REINADO DE CRISTO

Fco. de Paula Solá, S.J.

EVOcando LA FUNDACION DE «CRISTIANDAD»

Pere Basil Sanmartí

AL SERVICIO DE LA ESPERANZA: SENTIR CON LA IGLESIA

Juan Vallet de Goytisolo

VERDAD RACIONAL Y ORDEN NATURAL EN EL REINO DE CRISTO

Jesús García López

PARA SOBRENATURALIZARLO TODO: ENTREGA AL AMOR MISERICORDIOSO DEL CORAZON DE JESUS

Francisco Canals Vidal

ADMINISTRACION:
Lauria, 19, 2.º, 1.ª - 08010 Barcelona
Teléfono 317 47 33

DIRECTOR:
Fernando Serrano Misas

REFLEXIONES EN TORNO A UN ANIVERSARIO

El pasado 1 de Diciembre, finalizados los actos conmemorativos del 40.º aniversario de la revista, quienes formamos la generación de Schola, que no conoció personalmente al Padre Orlandis, nos reunimos, al caer la noche, en el «cenáculo» de la calle Lauria. Antes de emprender el regreso, en el momento de la despedida, parecía obligado compartir con los demás los propios sentimientos e impresiones de una jornada inolvidable.

Todo aniversario supone una invitación a reflexionar sobre el camino ya recorrido. Este acontecimiento nos ha hecho además, valorar la incidencia, en nuestra propia vida, de Schola Cordis Iesu y Cristiandad. Así lo recordó *José María Alsina*, en su intervención durante los actos. En la reunión nocturna de despedida, otro pensamiento, consecuencia lógica del anterior y de la jornada vivida, se presentaba a la consideración de todos: esta celebración debe ser un punto de partida para una nueva etapa de fecundidad apostólica.

En coincidencia con nuestro aniversario, el discurso reciente de Juan Pablo II al Pontificio Consejo para los Laicos (19-II-84), puede servir de reflexión y compromiso, para todos los que nos sentimos llamados, en nuestra vocación apostólica como seglares, a trabajar en el ideal de Cristiandad: la instauración del Reino de Cristo en todos los ámbitos de la vida humana; lo que la revista ha llamado repetidamente, desde sus orígenes, el «Reinado Social de Jesucristo».

En dicho discurso, el Santo Padre recuerda que el Concilio Vaticano II «deseó y estimuló una creciente participación y una responsabilidad mayor de los laicos en las actividades apostólicas y misioneras de la Iglesia» y, por tanto, confía el Papa, que el próximo Sínodo de los Obispos, a celebrar en 1986, sobre «la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo» suponga un avance y una mayor profundización en este camino.

Durante los cuarenta años de vida de la revista, ha tenido lugar el acontecimiento eclesial más destacado de este siglo: el Concilio Vaticano II. A la luz de las enseñanzas del Concilio, Cristiandad ha reflexionado sobre su vocación y en este punto, hay que recordar lo publicado en el número correspondiente al 25.º aniversario de la revista:

«Más que nunca nuestra tarea de seglares entregados a la tarea de la instauración del reino de Cristo ha sido puesta en luz por el Concilio Vaticano II, en una línea en la que, por deber de gratitud a Dios,

hemos de reconocer que nos preparaba ya la formación recibida de nuestro P. Orlandis.

»Más que nunca hemos de ser, por lo mismo, una revista vertida sobre toda la problemática histórica y social que esté a nuestro alcance abarcar. Sobre estos temas tenemos un estilo y un sistema de opiniones que deberemos ir aportando al diálogo entre los cristianos de nuestro tiempo en el contexto del mensaje conciliar.»

(«Cristiandad» núm. 458 - abril 1969, p. 116)

En esta nueva etapa de la revista, el Sínodo de los Obispos de 1986 supone un compromiso y una cita obligada. Lo que Cristiandad sintió acerca de su misión, tras la clausura del Concilio Vaticano II, debe afirmarse en este nuevo acontecimiento eclesial. Por otro lado, es mayor, cada día, nuestra responsabilidad, ya que, en estos tiempos, el ideal del Reino de Cristo es más actual y urgente que nunca. El mundo contemporáneo está sumido en una crisis grave y el único remedio a sus males, es el establecimiento, en la sociedad y en los individuos «del reino de la verdad y la vida, del reino de la santidad y la gracia, del reino de la justicia, el amor y la paz» (Prefacio de la festividad de Cristo Rey). La paz es imposible sin el «Reinado Social de Jesucristo».

El hombre moderno tiene, por tanto, necesidad urgente de que se le muestre el verdadero camino de salvación. Por eso, en la parte central de su mensaje al Pontificio Consejo para los Laicos, el Santo Padre nos urge:

«Hoy quiero transmitir un pensamiento solo, que considero fundamental en este campo. La proclamación dinámica del Evangelio comenzó con la venida del Espíritu Santo en forma de viento y fuego. El mensaje de la muerte y resurrección de Cristo no es un acontecimiento estático. Exige movimiento. Trata de alcanzar a otros. Pide ser esparcido lejos y ampliamente. Y el mundo lo está esperando. Pues el materialismo no puede saciar el corazón humano.»

Sólo Jesucristo, Redentor del hombre, tiene capacidad para satisfacer, en plenitud, al corazón del hombre. En las apariciones de Paray-le-Monial, encontramos un designio providencial para nuestra época: que el Corazón de Jesús «hable» al corazón humano y le manifieste el Amor Misericordioso de Dios, con todos los designios de su Amor hacia los hombres.

En esta tarea, María ejerce su misión maternal. Digámoslo con palabras de Juan Pablo II, en su primera encíclica: «El eterno amor del Padre, manifestado en la historia de la humanidad mediante el Hijo que el Padre dio... este amor se acerca a cada uno de nosotros por medio de esta Madre y adquiere de tal modo signos más comprensibles y accesibles a cada hombre» («Redemptor hominis», n.º 20).

En el lema de la revista, al expresar nuestro ideal, el Reino de Cristo, se indica también la forma de llegar a él: por los Corazones de Jesús y María. Por eso, Cristiandad vuelve la atención, con frecuencia, sobre las apariciones de Paray-le-Monial y de Fátima, no sólo para recordar la exigencia de estas dos devociones, sino también para alimentar continuamente la esperanza sobre el cumplimiento de su ideal.

Tras expresar esta exigencia de esparcir «lejos y ampliamente» el mensaje de salvación ante un mundo que lo espera, quizá sin saberlo, el Santo Padre plantea, a continuación, la siguiente pregunta:

«¿Cómo aumentamos la cantidad y calidad de cristianos laicos cada vez más conscientes de su dignidad, responsabilidad y funciones

específicas, que ayuden a realizar las grandes perspectivas e impulsos del Concilio Vaticano II, no sólo para minorías elegidas sino para todo el Pueblo de Dios? Es ésta vuestra labor y el reto que os espera.»

En este punto, surge un nuevo compromiso: penetrar en el pensamiento y en la intención del P. Orlandis, que en su conocido escrito «Pensamientos y ocurrencias», señala las características de un esbozo de agrupación, así de varones como de mujeres, «que había de ser aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del Amor Misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de Santa Teresita del Niño Jesús». El Padre Orlandis estaba lejos de pensar en minorías escogidas.

Juan Pablo II trata también de ilusionarnos con la misión a realizar y nos convoca a ella. Señala además, algunos campos de actuación en los que «el mundo necesita de la presencia y actuación peculiar de los cristianos» y marca un objetivo concreto: los jóvenes, «esperanza de la Iglesia, el mundo de mañana». En particular, unas palabras tuyas parecen dirigidas a nosotros:

«...donde se defiende y fomenta una cultura de vida y no de muerte, donde individuos y pueblos se percatan de la servidumbre a que les someten diferentes formas de materialismo, oponiéndose a las mentiras de ideologías en que está basado el materialismo y donde se está construyendo la hermandad verdadera y la comunión. En una palabra, el mundo necesita la aportación de los cristianos allí donde aparezcan signos prometedores de una civilización de la verdad y del amor.»

Este fue el mensaje al mundo moderno, en el Año Santo de 1975, del Papa Pablo VI, quien nos dejó este vaticinio profético: «La civilización del amor prevalecerá sobre el afán de la implacable lucha social, y dará al mundo la soñada transfiguración de la humanidad finalmente cristiana». (Pablo VI, en la clausura del Año Santo.)

Por último, hay que destacar que, el Santo Padre, en su discurso, señala un criterio de actuación para los laicos, al que pienso que Cristiandad ha permanecido especialmente fiel:

«El conjunto de vuestras experiencias, problemas y retos deben considerarse y discernirse a la luz del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia.»

En la historia de la revista, se ha tratado repetidamente esta cuestión. Sería ilusorio y falto a la verdad, mitigar cuestiones doctrinales, expuestas con nitidez en el pasado, por no avenirse bien con opiniones existentes en el mundo actual, por un prurito de «modernidad» o en aras de un relativo «éxito». Por eso, al tratar la problemática social de nuestra época, la revista siempre se ha basado en el Magisterio de la Iglesia, en su totalidad, tanto el más reciente, como el de épocas anteriores de la Iglesia. En su proceder, Cristiandad quiere asemejarse al hombre del Evangelio que edificó su casa sobre roca. (Lc 6, 48-49).

Ante las responsabilidades de esta nueva etapa de la revista, todos los que estamos empeñados en esta tarea apostólica de hacer Cristiandad, debemos implorar constante e insistentemente al Sagrado Corazón de Jesús, «en donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» y al Corazón Inmaculado de María, «Sedes Sapiéntiae», a fin de alcanzar la gracia necesaria para cumplir nuestra vocación, en esta hora de nuestra época.

LUIS COMAS ZAVALA

CONMEMORACION DE XL ANIVERSARIO DE «CRISTIANDAD»

FCO. JAVIER GARCÍA DE POLAVIEJA

El día 1 de diciembre, primer sábado de mes, se celebró el cuadragésimo aniversario de *Cristiandad*. Así se había decidido en la asamblea anual con que se inauguran los cursos de *Schola Cordis Iesu* de Barcelona, y desde entonces —octubre— se habían ido programando y preparando los actos en que consistiría la conmemoración. Sería ésta, junto al homenaje a los fundadores y colaboradores de la revista, la culminación de un período especialmente dedicado al recuerdo de sus maestros e inspiradores: los PP. de la Compañía de Jesús *Enrique Ramière*, del que se acaba de cumplir el centenario de su muerte, y *Ramón Orlandis*, fallecido hace ahora poco más de veinticinco años. En el recuerdo y por la intercesión de unos y de otros *Cristiandad* se preparaba a vivir, renovada en fidelidad y esperanza, una nueva etapa al servicio del ideal que expresa su lema: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María».

Decidido el programa, que comenzaría con la Santa Misa de acción de gracias y finalizaría con un acto académico, se imprimieron y distribuyeron las invitaciones. La primera, recién salida de la imprenta, fue para el Pastor de nuestra diócesis, que recibió, unos días antes de la celebración, a una representación de la redacción de *Cristiandad* encabezada por el Presidente de *Schola*, *Pere Basil*, y el vicepresidente, *Francisco Canals*. El Dr. *Jubany* los recibió con cordialidad y, sin prisas, durante largo rato, departió con ellos y recibió con agradecimiento los últimos trabajos de investigación publicados por *Eudaldo Forment* y *Antonio Prevosti*. Sus trabajos en la Conferencia Epis-

copal le impedirían estar, como era su deseo, el día 1 en los actos conmemorativos, por lo que delegó en el Vicario general *Dr. Lluís Martínez Sistach*. Tras despedirse del Cardenal, del que recibieron palabras de aliento en su tarea apostólica, visitaron al *Dr. Martínez* que comprometió su asistencia a los actos académicos.

La celebración Eucarística

Llegó el día 1 de diciembre y, minutos antes de la hora señalada, empezaron a llegar a la *Fundación Balmesiana* muchos amigos y suscriptores de *Cristiandad*. Algunos se habían trasladado desde muy lejos: de Bilbao, Huesca, Murcia, Madrid, San Sebastián, Pamplona... Ya desde ese momento, con los saludos a los amigos que las distancias impiden ver tan amenudo como desearíamos, la alegría empezó a ser la nota característica del aniversario. Lo fue en la Santa Misa que celebramos a continuación en la bella Capilla de *Balmesiana*, y en la que todos elevamos nuestro recuerdo agradecido a los predecesores y maestros, en especial al *P. Orlandis*, más presente que nunca ese día. Concelebraron o estuvieron allí sacerdotes amigos de quienes, en uno u otro momento, hemos recibido ayuda y estímulo: el *Dr. Fco. Muñoz Alarcón*, que presidió la concelebración, el *P. Fco. de Paula Solá*, S.J., cuya homilía extractamos en este número, *Pedro Suñer*, S.J., *Alfredo Muntané*, Pbro., *Manuel Ramón*, S.D.B., *Eduardo de Paola*, Pbro., *Nicolás Echave*, S.D.B., *José Vives Trball*, Pbro., *Juan Miguel González Fera*, Pbro., *J. Benítez*,

Pbro., *Alfredo Rubio*, Pbro., *Juan Melendo*, Pbro., *Carlos Mas de Xaxars*, Pbro., *Casimiro Puig*, S.J., *José M.^a Alba*, S.J.,...

El almuerzo

A las 14,30 horas se celebró un aperitivo seguido de un almuerzo en los salones del *Hotel Colón*. Lo presidió D. *Luis Creus Vidal*, Presidente Honorario de *Schola Cordis Iesu*, quien no quiso dejar de estar presente en alguno de los actos del día. A los postres *Mercedes Palet* leyó telegramas y cartas de adhesión llegados de España y del extranjero, de suscriptores y amigos, de directores de grupos apostólicos y publicaciones, de miembros del *Apostolado de la Oración* y de la Jerarquía. Por último tomaron la palabra *José María Alsina*, de Barcelona, *José Jaurrieta*, de Pamplona, *Ignacio Azcoaga*, de San Sebastián, *Fernando Serrano*, director de *Cristiandad*, y el P. *Solá*. Sus palabras fueron de recuerdo hacia nuestros mayores y de testimonio de lo que *Schola* y *Cristiandad* ha significado en sus vidas. *Jaurrieta* emocionó a todos haciendo presentes a quienes, estando lejos, se unían ese día con nosotros en espíritu y oración desde un Seminario de Chile —*Antonio Pérez Moso*—, un Convento de Carmelitas de Aravaca —sus propias hijas *Uxúa* y *Rosario*—, o un Monasterio en Navarra —*Ramón Vall-llosera*—. *Alsina*, recordando una famosa anécdota de *Eduardo Conde*, sintetizó lo que la vocación de *Schola* y *Cristiandad* es para todos nosotros: Fue D. Eduardo a visitar al P. *Orlandis* a la enfermería de San Cugat, próximo ya a su muerte, y, al despedirse, le preguntó: —¿Quiere algo, Padre?, y el Padre respondió, como discípulo e hijo espiritual de santa Teresita del Niño Jesús: —Sí, TODO.

El acto académico

La jornada conmemorativa se cerró con un acto académico celebrado, a las 17,30 horas, en el Salón de Actos de la *Fundación Balmesiana*. *Pere Basil Sanmartí*, Presidente de *Schola Cordis Iesu*, habló en primer lugar «Evocando la fundación de *Cristiandad*». *Juan Vallet de Goytisolo*, de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, transmitió el testimonio de hermandad entre *Speiro* y *Cristiandad*, exponiendo el tema: «Al servicio de la esperanza: Sentir con la Iglesia». *Jesús García López*, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Murcia, disertó sobre «Verdad racional y orden natural en el Reino de Cristo»; y *Francisco Canals Vidal*, Catedrático de Metafísica en la Universidad de Barcelona, expuso el tema: «Para sobrenaturalizarlo todo: entrega al Amor misericordioso del Corazón de Jesús». Ponencias que se recogen íntegramente en este número.

Al final, el Dr. *Lluís Martínez Sistach*, vicario general del Arzobispado de Barcelona, dirigió un Padrenuestro, tras unas palabras de cierre, con cuyas peticiones concluía una jornada de gratitud y de alegría fundada en la esperanza de aquel día que es la razón de *Cristiandad* y cuyas primicias nos había parecido estar viviendo. Estas fueron las palabras finales del Dr. *Martínez Sistach*: «Como cierre de esta jornada conmemorativa de la fecha de los cuarenta años de la revista *Cristiandad*, expreso mi deseo de que continúe su tarea y que pueda llegar a otros cuarenta años, y más, y que los presentes podamos celebrar la conmemoración de los cincuenta años. Resumiendo cuanto hemos oído, pongámoslo todo en manos del Señor y de la Virgen con la oración del Padrenuestro.»

Los fieles laicos han de tener en gran estima, las asociaciones que se constituyan para los fines espirituales... sobre todo aquéllas que fratan de Informar de espíritu cristiano el orden temporal, y fomentan así una más íntima unión entre la fe y la vida.

Código de Derecho Canónico, Canon 327

La celebración, el pasado 1 de diciembre, del XL aniversario de la fundación de nuestra revista suscitó múltiples felicitaciones y muestras de apoyo, que agradecemos como estímulo y aliento en nuestra tarea al servicio del Reinado de Cristo. Entre ellas, venidas de España y del extranjero, de grupos apostólicos y de publicaciones afines, de suscriptores y amigos, nos gozamos en las recibidas de representaciones del Apostolado de la Oración y de la jerarquía.

Nos complacemos en insertar el texto de las cartas dirigidas a nuestro director por el Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España, Monseñor Marcelo González Martín, y por el Director General Delegado del Apostolado de la Oración R.P. Luis González, S.J.



DIREZIONE GENERALE DELL' APOSTOLATO
DELLA PREGHIERA
BORGO S. SPIRITO, 5 - C.P. 6139
00195 ROMA (ITALIA)
Tel. (06) 656.98.41

21 de noviembre de 1984
Sr. D. Fernando Serrano
Director de CRISTIANDAD
BARCELONA

Querido amigo:

He recibido la invitación para la celebración de los cuarenta años de CRISTIANDAD.

Es muy justo que lo celebren y que den gracias al Señor por todo el bien que ha hecho incansablemente su revista durante tantos años.

Yo por mi parte me alegro de un modo muy especial por la unión que siempre ha tenido su Revista con la espiritualidad del Apostolado de la Oración y por lo que han contribuido a propagar su mensaje sobre todo en los estamentos universitarios.

Adhiriéndome sinceramente a la alegría de todos, hago votos para que prosigan siempre adelante en el trabajo por el Reino!

Cordiales saludos a todos.

Sffmo. en Xto.

Luis González S. J.
Director General Delegado del A.O.



EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO
PRIMADO DE ESPAÑA

Toledo, 14 de diciembre de 1984
Sr. D. Director Fernando Serrano
Director de «CRISTIANDAD»
BARCELONA

Querido amigo:

Aunque sea con retraso, porque no me han llegado antes sus comunicaciones, felicito a Uds. por la celebración de los cuarenta años de la Revista «Cristiandad», que tan digna y acertadamente se ha mantenido en la defensa y propagación del culto al Corazón de Jesús, y en el combate intrépido y ejemplar por la doctrina católica, a la manera como supo orientarla desde el principio el venerable P. Orlandis.

Con mi bendición, quedo suyo afmo.

Fdo.: Marcelo González Martín, Cardenal
Arzobispo de Toledo-Primado de España

LA ESPERANZA DEL REINADO DE CRISTO

* *Extracto de la homilia pronunciada en la capilla de la Fundación Balmesiana por el R. P. Fco. de Paula Solá, S. J. con motivo del XL aniversario de Cristiandad.*

Nos hemos reunido no para tejer panegíricos sino para dar gracias a Dios, por las que El nos ha otorgado durante cuarenta años de labor en Schola Cordis Jesu, y recordar en nuestras oraciones a aquéllos que fueron instrumento de la Providencia divina para llevar a cabo el anhelo de lo que el Apostolado de Oración —según la mente del P. Ramière, seguida vigorosamente por el P. Orlandis— pretende fomentar aquí en la tierra: la instauración del Reinado Social de Jesucristo.

El Papa Pío IX quiso celebrar el «cuadragésimo aniversario» de lo que él juzgaba gran acontecimiento: la *Rerum Novarum* de León XIII. Pues bien; sin querernos comparar con el gran Papa Pío XI, pensemos que la *Rerum Novarum* ponía los fundamentos de la llamada «cuestión obrera», que no es más que uno de los elementos del Reinado Social de Cristo: la masa obrera que ha de entrar a formar parte en este Reinado Social. Justamente, pues, celebramos el «cuadragésimo aniversario» de *Cristiandad*, Revista que ha llevado el mensaje del Apostolado de la Oración y del P. Orlandis a tantos entendimientos y corazones durante tantos años.

Y se trata del Reinado Social de Cristo; no precisamente del reinado individual de Cristo en cada alma. Es la sociedad misma la que ha de reconocer a Cristo. Porque Cristo ha de reinar y no ha reinado aún. Pío XI al establecer la Festividad de Jesucristo Rey, como colofón del año eclesiástico, estaba contemplando ya —así lo decía él— aquel día en Cristo reinaría en todo el mundo. Y este reinado social de Cristo es el que El mismo expresa en el Evangelio tantas veces comenzando en las Bienaventuranzas en que se habla de la posesión de la tierra, y terminando en la confesión solemne en el momento más sublime de su vida cuando se enfrentó con la autoridad suprema de la tierra, el representante del omnipotente Emperador del Imperio Romano: «Tú lo dices. Yo soy Rey. Para esto nací y para esto vine al mundo».

Pero, como el mismo Cristo había dicho mucho antes, «cuando sea levantado sobre la tierra lo atraeré todo hacia Mí». Y no hablaba del momento de su ascensión a los cielos, sino de su inmolación en la Cruz, que había de ser su trono. Así lo rezaba el título de su condenación: «Jesús

de Nazareth, Rey de los Judíos»; que, como profundamente comenta San Agustín, Rey de los Judíos quiere decir Rey de los pecadores, que somos todos los hombres; por tanto significa «Rey de la Humanidad entera». (*Los Judíos* —con artículo— designan siempre en el Evangelio de San Juan a los judíos que se manifiestan opuestos a Cristo, los que le rechazan y por fin le condenan).

Si echamos una mirada al mundo actual (prescindiendo de los siglos pasados desde la fundación del Cristianismo) no podemos negar que está totalmente alejado de Cristo y de Dios. ¿Qué nación acata su Reinado? ¿Cuántas Constituciones le proclaman? Y si consideramos solamente a Europa, el Continente que se cree el tutor de la Civilización y aun del Cristianismo, ¿qué Nación podemos encontrar que reconozca oficial o colectivamente el Reinado o Dominio de Cristo sobre su sociedad? España se consagró al Sagrado Corazón de Jesús y le reconoció por Rey; pero ¿ahora? En 1936 patrullas sacrílegas de españoles le fusilaron allí mismo, en el Cerro de los Angeles y destruyeron su estatua y con ella su Reinado Social sobre España. Se reconstruyó luego el Monumento, pero ¿ha reinado y reina en nuestra Patria? ¿Reina en cada una de sus Provincias? ¿Reina en sus familias?

Y nos atrevemos, con tristeza, a profundizar todavía algo más. Y preguntamos: ¿Reina Cristo en la sociedad Cristiana? Dejemos a los Protestantes y Cismáticos y preguntemos a los Católicos: ¿Reina Cristo en la Iglesia Católica? La respuesta será necesariamente un generoso SI. Pero ¿no habría que matizar más? ¿Reina en la teología nueva? ¿en la moderna exegética? ¿en la Teología de la liberación? Si Cristo reinase socialmente entre los Católicos o sobre los Católicos en masa ¿habría cristiano por el socialismo? ¿cristianos-comunistas? ¿votantes en favor del aborto, del divorcio, de la separación de la Iglesia y del Estado...? Es cierto que Cristo reina —y gloriosamente— en el Papado (basta recordar todos los Papas desde Pío IX a Juan Pablo II, por mencionar solamente los del último siglo), en el Episcopado y el sacerdocio (como lo atestiguan los muchos mártires dentro y fuera del telón de acero, en la España del siglo XIX-XX, de Alemania, etc.), pero cuántos son los que no contribuyen a este Reinado de Cristo y aun se oponen a la devoción del Corazón de Jesús al Santo Rosario, a las procesiones y manifestaciones externas del culto. Cuántos están abogando por un Iglesia de Catacumbas, de minorías, de solos los pobres...

Pero no nos desalentemos. No seamos terroristas ni pesimistas. En Fátima afirmó la Virgen: «Pero al fin mi Corazón Inmaculado triunfará». Y el Reinado de María es el que ha de traer el de Cristo. Ella nos lo dio en Belén y lo ofreció en la Cruz. Ella le preparará el Reinado. Y ¡Cristo Triunfará! Sigamos, mientras dure nuestra vida, trabajando por instaurar el Reinado de Cristo o procurando su implantación. Los frutos los recogerán otros, pero la semilla germinará y dará fruto de ciento o mil por uno. Nuestro esfuerzo tendrá éxito. Contamos no con nuestras fuerzas sino con la Promesa del Corazón de Jesús: «Reinaré en España más que en otras partes del mundo». Y la de María: «Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará».

EVOcando LA FUNDACION DE «CRISTIANDAD»

PERE BASIL SANMARTÍ
Presidente de Schola Cordis Iesu

El primero de Abril de 1944 vio la luz el primer número de esta revista. Su gestión, empero, se inició algunos lustros antes.

Corrían los años veinte, los tiempos de la Dictadura de Primo de Ribera. Alrededor del jesuita Ramon Orlandis, director del Apostolado de la Oración de la iglesia de Caspe, fue reuniéndose un grupo de jóvenes, procedentes en buena parte de la Congregación Mariana del Padre Vergés. Empezó entonces lo que mi amigo Lluís Creus i Vidal, decano de nuestros redactores, ha venido en llamar la prehistoria de «CRISTIANDAD», que se prolongó durante la República y los años aciagos de nuestra guerra civil, en la que perdimos a dos de nuestros mejores compañeros: José Oriol Anguera de Sojo y José M.^a Planas, éste aventajado discípulo del Dr. Antonio Torroja, que acababa de ganar una cátedra de ciencias exactas en nuestra Universidad.

¿Qué esperaba de aquel grupo el Padre Orlandis? Dicho en pocas palabras, formar celadores del Apostolado de la Oración en su más hondo sentido, de apóstoles del Reinado del Corazón de Cristo. De ahí nació, años después, «Schola Cordis Iesu», de la que surgió «CRISTIANDAD».

Ramon Orlandis i Despuig era un catalán de Mallorca, sobrino nieto de Antonio Despuig i Dameto, artífice de la mansión de Raixa, tan famosa por sus jardines, i uno de los llamados carde-

nales «negros» que acompañaron a Pío VII en su destierro, durante el período napoleónico. Era, pues, Ramon Orlandis miembro de una rancia familia mallorquina, de raigambre carlista, conectada últimamente con el movimiento literario de la Renaixença (Aguiló, Costa i Llovera, Alcover, etc.).

Conocí y traté durante muchos años a este jesuita: hombre llano y sencillo, despreocupado por lo formal y lo externo, tan celoso de lo divino, como abierto y comprensivo en todo lo humano. En su «Schola» convivíamos personas de muy variadas tendencias, unidas todas por un ideal superior, el «ideal nuclear» como él le llamaba. Era un anticipo del legítimo pluralismo propugnado por el Vaticano II.

Hombre, sobre todo, de gran corazón, reunía el Padre Orlandis tres condiciones que raramente se dan juntas: profundidad filosófica, penetrante visión de la historia y un sentido pedagógico de gran maestro. Sus lecciones, siguiendo un método cíclico, penetraban poco a poco, según la máxima ignaciana que él solía repetir: «no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente».

Uno de sus discípulos, quizás el más compenetrado con su pensamiento, fue Jaume Bofill, fundador también de «CRISTIANDAD». Hombre de talento intuitivo y agudo, de voluntad firme y sa-

crificada, entregado en cuerpo y alma a su vocación, y de una gran generosidad. Dejó su oficio de abogado que había empezado a ejercer conmigo, para pasarse con armas y bagajes a la filosofía. Gozando de poca salud, aprovechó los años de nuestra guerra civil para preparar su licenciatura, que cursó una vez terminada la contienda. Recuerdo aquellas clases de latín y griego que nos daba el Padre Orlandis en el domicilio de la familia Abelló, a las que yo asistí con más curiosidad que provecho. Fue entonces, en pleno terror revolucionario, cuando Bofill empezó a familiarizarse con la Suma de Santo Tomás bajo la guía del Padre Orlandis. Era éste enemigo de manuales y resúmenes de segunda mano. El contacto directo con el genio —decía— no puede suplirlo nada.

Y Bofill llegó a ser otro maestro que supo hacer escuela. Su cátedra de Metafísica, desempeñada con auténtica vocación, ha dejado honda huella en nuestra Universidad.

Ante la falta de tiempo para hacer memoria aquí de los demás fundadores, citaré sólo a uno, por tratarse de un caso ejemplar en un país tachado injustamente de positivista. Me refiero a Pedro Sáenz Díez, banquero y hombre de negocios, atraído más por los valores del espíritu, que por el becerro de oro. El y su primo Juan N. García Nieto, hombre de negocios también, fueron los primeros que, recién terminada la guerra civil, pidieron al Padre Orlandis un curso de Teología, curso al cual nos agregamos muchos otros. Si la intervención de Sáenz Díez no fue, tal vez, decisiva para la fundación de «CRISTIANDAD», sí lo fue su generosidad para asegurar, en más de una ocasión, su continuidad.

Vivíamos, en aquellos tiempos, un clima sofocante de postguerra. Todavía convalescientes de nuestra lucha civil, habíamos sido testigos de la segunda y más espantosa conflagración mundial. Era, pues, natural que el problema que más nos preocupase entonces, como nos preocupa aún hoy, fuese el angustioso problema de la paz.

Ante el fracaso de todos los intentos pacificadores, había calado muy hondo en nosotros el mensaje de la primera Encíclica de Pío XI, el Papa del interregno de las dos grandes guerras: «No hay más paz verdadera que la paz de Cristo; y no

puede haber paz de Cristo sino en el Reino de Cristo» (Ubi Arcano).

Comentando este mensaje, el Padre Orlandis decía: Cristianizar el mundo es posible (basta recordar la propagación del Cristianismo en los primeros siglos). Pacificar de verdad este mundo sin Cristo, esto es imposible.

Y Bofill añadía: Pío IX se enfrentó con el empuje del liberalismo naciente. Pío XI ofrece remedio al liberalismo fracasado.

De ahí la actitud de «CRISTIANDAD» frente al liberalismo y al naturalismo, actitud que no iba —claro está— contra la libertad humana ni contra el orden natural, estupendas maravillas de la creación, sino contra la doctrina liberal de la soberanía absoluta del Estado —como mandatario del pueblo, de la nación o de una clase social— que lo eleva a fin último de la vida y lo erige en árbitro supremo del orden moral y jurídico, con independencia de toda ley transcendente.

El título de «CRISTIANDAD» elegido para la revista no representaba, para nosotros, la nostalgia de un hecho histórico: la Cristiandad medieval; sino la afirmación de un ideal histórico: Una nueva Cristiandad extendida a todo el mundo y basada, no en la temporalización de la Iglesia, —como alguna vez se intentó en la Edad Media—, sino en la espiritualización, mejor la cristianización del mundo.

A compás de nuestra secularización y pagанизación, este ideal —tan antiguo como la Iglesia— ha venido a convertirse en una constante del magisterio pontificio. Cito como ejemplo la «Summi Pontificatus» de Pío XII: «... la salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu. El orden nuevo del mundo ... debe más bien alzarse sobre la roca inmovible del derecho natural y de la revelación divina». Es la misma doctrina que impregna toda la Constitución «Gaudium et spes» del Vaticano II.

La Iglesia, «sacramento universal de salvación», persigue —es cierto— un fin transcendente, que apunta a lo eterno; pero de este su fin prin-

cial se deriva otra misión suya, aunque secundaria, importantísima: la renovación cristiana del mundo y del orden temporal; misión que el Vaticano II atribuye como «propia» a los seglares. Así lo entendió también «CRISTIANDAD» que, al ponerse al servicio de esta misión temporal, se definió ya, desde su primer número, como una revista seglar.

Estamos en el umbral del tercer milenio de la Iglesia y contemplando desde hoy el escaso éxito de su misión de paz, una pregunta nos interpela fuertemente: la renovación cristiana del orden temporal, el Reino de Cristo en el mundo ¿es algo posible, realizable, o es más bien una quimera, una utopía? Dios —decía el Padre Orlandis— no propone utopías.

Conforme; pero no todo lo posible llega efectivamente a realizarse. La cuestión está, pues, en sí, aunque posible, llegará o no a realizarse en efecto.

Los veinte siglos de Cristianismo, con sus continuas guerras y convulsiones violentas ¿pueden considerarse como la realización de este Reino de paz anunciado reiteradamente por los Profetas

y por el mismo Cristo, que Isaías simboliza poéticamente con estas palabras: «se convertirán las espadas en arados y las lanzas en oces, no se levantará más pueblo contra pueblo»?

Los judíos no lo creen así. De ahí que muchos esperen aún otro Mesías.

Pero sí, como creemos nosotros, Jesús es el único y verdadero Mesías, El nos ha traído ya esta paz: una simiente como el grano de mostaza que ha de crecer hasta alcanzar su pleno desarrollo en el devenir histórico, no con la inocencia original, pero sí con la perfección relativa de una naturaleza caída y redimida. Es el Reino de Cristo de que nos habla el Magisterio de la Iglesia y que proclama el pueblo todos los días en la Eucaristía: «Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor».

«Reino de verdad y de vida; de santidad y de gracia; de justicia, de amor y de paz.»

La esperanza de este Reino en un futuro histórico, más aún en el eterno, fue, creo yo, sino la única, la principal razón de la fundación de esta revista.

CRISTIANDAD, al elegir este nombre, declaró sin rebozo qué vida quería vivir, que quería vivir en un todo del espíritu cristiano, del espíritu de la Iglesia de Jesucristo, de la Iglesia una, Santa, Católica y Apostólica, de la Iglesia Romana, única verdadera, de la Iglesia Cristiana auténtica.

Ramón Orlandis, S.J. 1 de mayo de 1945

AL SERVICIO DE LA ESPERANZA: SENTIR CON LA IGLESIA

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

De la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

Es para mí un honor y un gozo participar activamente en esta celebración del cuarenta aniversario de la revista CRISTIANDAD, de la que soy suscriptor desde hace cerca de veinticinco años y en la que he colaborado, específicamente en una dedicación al que fue obispo de Vic, TORRAS Y BAGES.

Pero mi participación aquí significa algo más. Es un testimonio de la hermandad entre la *Schola Cordis Iesu* y *Speiro*, ya desde antes de existir éste último. La estrecha similitud de trabajo y la identidad de ideales; la amistad entre dos figuras señeras de una y otra obra en aquellas fechas, MANUEL DE ARQUER y EUGENIO VEGAS LATAPIE, la coincidencia en Issy les Moulineux, Sion y Lausanne con el Padre SEGURA, sellaron esa hermandad, mediante la cual las *Reuniones de amigos de la Ciudad Católica* han sido obra común.

La II de estas reuniones se celebró en el Tibidabo, según recuerdo muy bien y consta en la crónica aparecida en VERBO n. 10 (p.65). Comenzó esa Reunión con un acto litúrgico dirigido por el Rdo. P. Segura S. J. Director de CRISTIANDAD, quien el domingo dijo la misa en la Cripta del Tibidabo. De las cuatro ponencias, tres estuvieron a cargo de miembros de la *Schola*: MANUEL JORDAN SOLANO, que trató de *El laiciso, heregía de nuestro tiempo*, José M.^a Coronas Alfonso que se ocupó de la democracia cristiana, y el Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona Dr. JAIME BOFILL Y BOFILL, maestro y antecesor en esa Cátedra de nuestro entrañable amigo CANALS VIDAL, y que desarrolló el tema *Unidad y diversidad en el cuerpo social a la luz del concepto cristiano de persona*.

En la III Reunión en el Colegio San Agustín de Madrid, fue FRANCISCO CANALS VIDAL, quien desarrollaría el tema *Laicismo y clericalismo*; y en la V, que volvió al lugar de la I, el Monasterio de

Santa María del Paular, fueron ponentes JOSÉ MARÍA MUNDET y FRANCISCO CANALS, que respectivamente expusieron *La misión de los seglares en el mundo a la luz del Concilio y Ortodoxia en la fe*.

A partir de entonces en nuestras reuniones no han faltado ponencias magistrales de CANALS o de PETIT SULLÁ o de ALSINA ROCA, además de las de foros del MARQUÉS DE MONTOLIU, de FRANCISCO DE GOMIS, de ECHAVE SUSTAETA, de MERCEDES PALET, etc. Aún quiero recordar muy especialmente la VII Reunión celebrada del 1 al 3 de noviembre de 1968 acerca de *Los mitos actuales*, aquí, en *La Balmesiana*, de la que MANUEL DE ARQUER fue el cerebro y motor organizador y la participación de miembros de la *Schola* la más numerosa. Allí se nos reveló JOSÉ MARÍA PETIT SULLÁ.

* * *

1. El tema que me ha sido encomendado *Al servicio de la esperanza, sentir con la Iglesia*, viene a ser el *leit motiv* de CRISTIANDAD. En el editorial de su primer número, sin firma, fue expuesto luminosamente.

«La idea de una Providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

»¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

»En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios provi-

dente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en su orden.

»Basta la luz natural de la razón para creer en una Providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

»Por esto Cristiandad, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.»

El reverso de esa concepción lo constituyen el naturalismo y el liberalismo. El mismo editorial, lo advertía.

«El naturalismo y liberalismo tienen, en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

»Por esto Cristiandad, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el Naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.»

Y proseguía:

«Al amparo de estas concepciones, fue constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuita francés Padre *Enrique Ramière*.

»*Adveniat regnum tuum* es su aspiración central y su razón de ser.

»Este reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero ¿es aventurado esperar, a modo de "añadidura", también un Reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que ya llamamos corrientemente el "Reinado social de Jesucristo"?

»ENRIQUE RAMIÈRE no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta

entonces: la apostasía de las naciones, vio en las tendencias más hondas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la Tradición Cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Paray-le-Monial, los más serios motivos de esperanza.

»Desde entonces, los Santos Pontífices nos van alentando con ella. Desde entonces la devoción al Corazón de Cristo, que en Paray se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad ha continuado adentrándose cada vez más, en la vida de la Iglesia hasta culminar en la Fiesta de Jesucristo Rey.»

2. ¿Qué es la esperanza?

La palabra esperanza la define el *Diccionario de la Lengua Española* como: «1. estado del alma en el cual se nos presenta como posible lo que deseamos; 2. virtud teológica por la que esperamos en Dios con firmeza, que nos dará los bienes que nos ha prometido.»

El *Catecismo Romano*, publicado el año 1566 en ejecución del *Concilio de Trento*, en la Introducción a la oración dominical (D,d) dice: «Con la fe es necesaria la *esperanza* generadora de toda *confianza*» ... «La fe y la esperanza engendran en nosotros la confianza segura de ser escuchados». Y comentando la tercera petición: «*Así en la tierra como en el cielo*» (IV, A), precisa: «No es el amor el que debe depender de la esperanza, sino la esperanza del amor».

El P. VICTORINO RODRÍGUEZ O.P., entre los *Temas-clave de humanismo cristiano*, que acaba de publicarle *Speiro*, recoge un artículo aparecido en 1979 en *Teología Espiritual* (n. 17, pp. 159-187), *Dimensiones de la esperanza*, en el cual, al profundizar en el objeto de la esperanza, advierte: «Es frecuente hablar de la *promesa* como objeto de esperanza, lo cual es fundado refiriéndose a la promesa divina como *motivo* de esperanza; pero esta promesa tiene un contenido más o menos definido en las fuentes de la revelación, como ocurre con la fe.»

A este respecto, distingue la pedagogía del *Antiguo Testamento* y la del *Nuevo*. En aquél los bienes prometidos «son, en primer plano, materiales y temporales, con un trasfondo, sin embargo, más perceptible según nos vamos acercando al Nuevo Testamento, espiritualista y escatológico». En el *Nuevo Testamento*: «El Reino mesiánico prometido y esperado termina dibujándose y con-

cretándose más. No es de este mundo (*Jn.* 18, 36). SAN PABLO anuncia una esperanza mejor (*Hebr.* 7, 19), que es de bienes celestiales y eternos, de los que goza Jesucristo a la derecha del Padre (*Jn.* 14, 2-3; *Col.* 3, 12; *Fil.* 3, 20-21; *Apoc.* 22, 3-5). También en la perspectiva del Nuevo Testamento se prometen y esperan bienes temporales, pero secundariamente, en segundo plano; la intención la marcan los bienes espirituales y eternos». «En función de la vida eterna esperada se esperan los bienes de esta vida, tanto del orden de la gracia (*I Petr.* I, 13; *II Cor.* 10, 15-16) como del orden de naturaleza, como la conservación de la vida (*I Cor.* 1, 10) y el sustento (*I Tim.* 6, 8). La jerarquización bíblica de los bienes de esperanza está perfectamente plasmada en la oración del Padre nuestro (*Mt.* 6, 9-13), cabal expresión de la esperanza teologal».

Sin embargo, en el contexto y en especial en la raíz de esta añadidura temporal, el Reinado social de Cristo Rey y el Reinado del Corazón de Jesús, sin duda, existe una correlación con la esperanza primordial de la salvación de las almas.

3. En la encíclica *Quas primas*, en la que instituyó la fiesta de Cristo Rey, Pío XI señaló su finalidad y actualidad.

«Al prescribir al mundo católico, que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado Laicismo, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en sólo un día, tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzó por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia, el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden —claro es— a la bienaventuranza eterna. Luego paso tras paso se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en sustituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios».

Al laicismo le son connaturales el naturalismo

y el liberalismo —denunciados en el primer editorial de CRISTIANDAD— que lo comportan.

El naturalismo, además de su carencia teologal, tiene una raíz intelectual moderna en la escisión cartesiana entre *res cogitans* y *res extensa*.

La naturaleza con su orden insito por su Creador, tal como era percibido por la metafísica tradicional, comprendía todo lo creado, todas las cosas, en el sentido amplio que se atribuía a la palabra cosas, incluyendo los hombres con su alma y su cuerpo y todos los demás seres, el espíritu y la materia.

DESCARTES, al escindir la *res cogitans*, el mundo del espíritu, y la *res extensa*, el mundo de las cosas, desvitalizó aquélla al hacerla abstracta, y materializó ésta, al circunscribirla a las cosas materiales sin alma ni inteligencia.

La desvitalización de la *res cogitans* se produce —como ha explicado MC. LUHAN— porque, a partir del momento en que la conciencia humana no se siente ya formando parte de las cosas», se aísla «de la duración de las cosas e incluso de los modos de su existencia y queda fijada siempre —en el momento presente». «Y desde este instante —sigue MC. LUHAN—, su percepción se reduce: el dios conservador y creador está ausente. El actor principal ya no está en escena. El papel sobremiento de la causa primera se halla sustituido por el juego de las causas segundas».

Con el giro, mal denominado copernicano, de KANT, la razón práctica impone los principios del entendimiento o categorías instituidas por nuestra mente, es decir, por la *res cogitans* cartesiana, «trascendentes respecto de las cosas» y que «no son extraídas de la existencia sino que la hacen», y las impone a las cosas reducidas a materia bruta, a la *res extensa*, a las que se somete a las estructuras mentales, sin más límites que los dimanantes de su resistencia material, como materia para una praxis que con ella trata de realizar los modelos que *a priori* la razón teórica dicta.

El hombre, o mejor la *res cogitans* de quienes se imponen, suplanta a Dios como ordenador y asume la tarea de transformar el mundo, hasta conseguir el triunfo de la idea, según HEGEL, o la llegada de la sociedad homogénea y feliz profetizada por MARX.

Ahí nace el liberalismo religioso y filosófico en su primero y más total grado, según lo definió LEÓN XIII en su encíclica *Libertas praestantissimum*, que rechaza por completo la suprema autoridad de Dios, tanto en la vida pública como en la

privada, tanto en el orden natural como en el revelado.

En su segundo grado, que prescinde del orden revelado, se identifica con el naturalismo. Pero al privar el orden natural de sus antenas de comunicación con su Creador y Ordenador, muy fácilmente le confunde con la propia naturaleza, en un panteísmo que tiende a transformar el orden natural en un proceso de acuerdo con cualquier concepción historicista determinista, que entrega o hipoteca a un devenir que califica de ineluctable.

En el primer caso trata de suplantar a Dios como demiurgo. En el segundo, pronto se sumerge en el río de la historia y es arrastrado por él, soñando que la lleva a un futuro feliz, o bien, en su decurso, se desespera al no sentir sino la nada o la náusea.

4. El hombre autoerigido en demiurgo o que sueña en que la historia le va conduciendo hacia un paraíso terrenal, trastoca la esperanza teológica por la esperanza en un mito, en una utopía. Una muestra de ello es el libro de ERNST BLOCH, *El principio esperanza*, en el que leemos: El mundo está «en una disposición hacia algo, de una latencia de algo, y este algo que se persigue se llama la plenitud del que lo persigue: un mundo que nos sea más adecuado, sin sufrimientos indignos, sin temor, sin alienación de sí, sin la nada» ... «El saber marxista significa: los duros procesos del alumbramiento que aparecen en el concepto y en la praxis».

Esta esperanza terrenal constituye el carburante de la praxis dirigida a la transformación mesiánica de las estructuras del mundo. Así dice BLOCH: «Lo utópico, en último término, no es nada sino apunta al ahora y no busca su presente vertido». A su juicio es necesario «para ver la estrella tierra», «el telescopio de mayor distancia que se llama utopía concreta», pues «no pretende una distancia eterna del objeto, sino que desea más bien, coincidir con él como un objeto que ya no es ajeno al sujeto».

Esa utopía se llama concreta e inmediata para mover a quienes pongan su fe en ella, ¡aunque nunca se alcance, ni aproxime siquiera!

En efecto, así lo vemos:

Pese a que, entre las profecías de MARX y ENGELS se halla la desaparición del Estado y del derecho, sin embargo, allí donde ha triunfado un régimen marxista, hallamos el Estado más opresor y sus normas son más coactivas y drásticas... por-

que el mito no llega a ser realidad ni la utopía deja de ser un espejismo.

Lo cierto es que el acrecentamiento del Estado-providencia lleva inevitablemente:

—al *totalitarismo estatal* y

—a la *masificación*.

Es así porque las mentes que dominan o las voluntades que imponen, desde los órganos del Estado, *la idea rectora del cambio pretendido* —sea esta idea marxista socialdemócrata o tecnocrática— inexorablemente lo orientan a mayor o menor grado, hacia:

—la *homogeneización*

—la *liberación de las viejas ataduras*

—el *paso del estado de necesidad a la superación de todas las necesidades*.

Sin embargo, como la homogeneización inevitablemente se realiza masificando a los súbditos más y más, resulta que las viejas ataduras son sustituidas por otras nuevas que impone la dominación del Estado-homogeneizador y liberador que, para perseguir sus objetivos, construye una máquina técnico-científica monstruosa que nos sujeta a nuevas servidumbres de cuya necesidad sentimos también sempiterno al deseo de liberarnos...

¿A donde nos lleva, pues, esa Historia?

Los campos de exterminio nazi, ni el Archipiélago de Gulag soviético, ¡no son la antesala del paraíso!

Ese camino no puede llenar nuestra *esperanza*. Fatalmente es así, porque

—El *cambio* no comienza por donde debe comenzar, es decir, por cada cual, en su interior.

—Se pretende realizarlo *ideológicamente*, conforme la voluntad autónoma del hombre que se coloca en el lugar de Dios;

—Se trata de *imponerlo* desde el Estado y mañana, tal vez, desde un super Estado mundial:

La esperanza se pone en un *mito*, una *utopía* terrenos, sin fundamento serio teológico, metafísico ni científico, en un espejismo que se trata de alcanzar destruyendo, desde la raíz, lo que existe, para reconstruir, a partir de cero, desde arriba. Viene a quererse edificarlo en el aire, en contra de las leyes que sustituyen al orden de la Creación, que es negado y se trata de suplantarle por otro que el hombre pretende fabricar.

5. Con fina puntería nuestro amigo THOMAS MOLNAR mostró, hace unos años, en uno de sus libros, lo que enuncia su título: *La utopía, eterna heregía*.

Se comenzó por dar el que se ha denominado *giro copernicano* de KANT, pero que mejor debería llamérsese *giro tholomeico* o *prometeico*, pues —como nota SERGIO COTTA— coloca al hombre en el centro del sistema que él mismo se inventa, y el Dios creador y ordenador queda desplazado a otro plano fuera del centro del orden por El creado.

El intento de dar ese giro, no es nuevo. Según nos narra E. GILSON, MAIMONIDES, en el siglo XII, criticaba a quienes, entonces, venían a hacer exactamente lo inverso de lo que, en el siglo IV —dice— aconsejaba, con razón, THEMISTO: «*adaptar las opiniones a las cosas, en lugar de adaptar las cosas a las opiniones, porque, esto último, es perder el tiempo intentarlo*».

Pero, ante los reiterados fracasos de ese giro, muchos tratan de recurrir a la utopía. Y, para reforzarla, buscan agarrarse en una pseudo teología.

Aún sin llegar a las tesis de la telogía de la liberación, y antes que ella, el progresismo religioso buscaba justificar la *esperanza* en el paraíso terrenal que conquistaría el hombre en este mundo, al alcanzar el *punto omega* al final de los tiempos.

Si la filosofía rechaza la utopía y la ciencia le ha retirado todos sus avales, ¿cabe buscarle un respaldo en la teología?

El *modernismo*, condenado por S. Pío X, en la *E. Pascendi*, sirvió para que, en el pensamiento de algunos, se reblandeciera la roca firme de la Revelación transmitida por el magisterio de la Iglesia, al erigir a la denominada conciencia colectiva en guía nuestra y determinante, en cada momento histórico, del verdadero significado actual de todo, incluido lo revelado.

Después, TEILHARD DE CHARDIN, con su literaria mezcla de *teología-ficción* y de *fantaciencia*, adornaría esa *conciencia universal* del modernismo con un ropaje pseudocientífico y, a la vez, ofrecería una capa pseudo-teológica al materialismo histórico y a la Evolución (con mayúscula) por él mismo preconizada. A su juicio:

—«el universo, desde ahora, ya no es un orden, sino un proceso»;

—ese proceso afecta al cristianismo, «no es una simple cuestión de instituciones, sino de fe».

—el sentido moral se identifica con el «sentido cósmico»; es bueno «todo lo que segrega una fuerza ascensional de conciencia»; «*limitar* la fuerza (a menos que sea para obtener mayor fuerza aún) *he ahí el pecado*».

—«los procesos totalitarios de socialización son procesos de crecimiento de la *cosmogénesis*.»

—la *fe nueva* se despliega «hacia adelante» en la *noosfera*, hacia «un *Cristo Omega de la Evolución*» repensándose a Dios en términos de *Cosmogénesis*: «un Dios que no se adora ni se alcanza, sino por el acabamiento del Universo que él llena de luz y de amor (e irreversible desde dentro)».

Así, como sintentizó ROGER GARAUDY, con la perspectiva de THEILHARD, «*Dios no es ya un ser, ni siquiera la totalidad del ser, porque una totalidad tal no existe y porque el ser está enteramente abierto sobre el devenir por crear*».

6. Llegamos a los *cristianos por el socialismo*, y a la *teología de la liberación* que, de acuerdo con el socialismo y el marxismo, ponen su *esperanza* en los antípodas de donde lo mantiene puesto el catolicismo, como hemos visto en los textos de Nuevo testamento y de Catecismo Romano que hemos reproducido.

El informe del Cardenal RATZINGER sobre la *teología de la liberación* explica que el análisis marxista de la historia y de la sociedad es considerado, por ella, «el único que tiene un carácter *científico*», por lo cual «el mundo es interpretado a la luz del esquema de la lucha de clases y que la elección entre el capitalismo y el marxismo es la única posible».

A esa *praxis* se acomodan las palabras bíblicas, vaciadas de su contenido genuino, reconocido por el magisterio tradicional, y se las rellena de significativo marxista. Así se ha hecho con *pobres, pueblo, esperanza, historia, amor, reino de Dios, resurrección, éxodo, misterio pascual, eucaristía, redención*.

La *esperanza* es interpretada como «*confianza en el futuro*» y como *trabajo para el futuro*; y por ello, se le somete de nuevo a la *dominación de la historia de las clases*.

El *amor* consiste en la «*opción por los pobres*», entendida como «*opción por la lucha de clases*». ¡Opción muy distinta de la opción por los pobres a la que se entregaron SAN JUAN DE DIOS, SAN PEDRO CLAVER, SAN VICENTE DE PAUL, SAN MARTÍN DE PORRES y tantos otros santos, y, hoy, la madre TERESA DE CALCUTA.

«... La palabra *Redención* es reemplazada generalmente por la de «*liberación*», que, a su vez, es entendida, en el último plano de la historia y la lucha de clases, como proceso de liberación en

marcha. En fin es también fundamental el acento puesto sobre "la praxis": la verdad no debe ser entendida en un sentido metafísico pues se trataría de un "idealismo". La verdad se realiza en la historia y en la praxis. La acción es la verdad» ... «La ortopraxis se convierte así en la única ortodoxia. Así se explica el alejamiento enorme de esa crítica histórica a la interpretación tradicional de los textos bíblicos que se presenta como no científica.»

Así: ¡Cuando está ya plenamente demostrado que nada tiene de científico el marxismo, se le convierte en árbitro de la teología y de la interpretación bíblica por algunos clérigos que se han alineado en favor de una *esperanza*, mundana y socialista! ¡Pero, al hacerlo, no dejan del cristianismo sino palabras tergiversadas y ritos a los que se les ha cambiado el significado! Y ¡degradan el amor cristiano en lucha de clases!

7. En uno de los primeros números de *CRISTIANDAD*, PEDRO BASIL, distinguía:

«La utopía es algo absurdo, imposible, producto de una imaginación enfermiza.

«El ideal, en cambio, es algo realmente posible. Su realización, por parte del hombre, no será absoluta, exhaustiva, sino que, como todo lo humano, tendrá las imperfecciones propias de nuestra limitación, y aún las de nuestra naturaleza caída; pero podrá alcanzarse, de tal manera que, moralmente hablando, pueda decirse que se ha realizado.

«La Cristiandad medieval fue una aproximación de este Ideal de sociedad cristiana; limitada en extensión, pues no abarcaba todos los pueblos, y en intensidad, pues adolecía de muchas imperfecciones.»

Al efecto de ilustrar esta distinción citó unas palabras de Pío XI en su encíclica *Ubi arcano*: «no hay institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes, acomodado a nuestros tiempos, como fue el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la que, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas».

PEDRO BASIL concluyó: «He ahí el Ideal de la Cristiandad, que es más que un hecho histórico:

es un Ideal histórico. Más que un recuerdo del pasado, es una esperanza del porvenir.»

En un importantísimo editorial en el núm. 73 de *CRISTIANDAD* (1 abril 1947), el P. RAMÓN ORLANDIS S.J. reiteraba que la idea de la Realeza de Cristo y la esperanza en su reinado sobre la tierra era un ideal insistentemente proclamado por *CRISTIANDAD*, y que quienes «forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano» y «tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente». Y añadía: «los redactores ordinarios de *CRISTIANDAD*, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el P. ENRIQUE RAMIÈRE nos ha legado su pensamiento y su espíritu».

Confesaba «que desde el primer momento me intranquilizaba algún tanto una manera de escurrulo. No se me ocultaban las graves censuras que veía fulminar por no pocos autores serios contra el milenarismo; pero, por otra parte, notaba que al proponer el estado de la cuestión, no concordaban entre sí y atribuían a los milenaristas absurdos y ridiculeces tan grandes que ni siquiera valían la pena de tomarlas en consideración. Ejemplo de esto puede ser la descripción y refutación del milenarismo que el que fue Cardenal BILLOT nos ha dejado en el tratado de *Novissimis*. Lo que yo pensaba nada tenía que ver con aquellas ridiculeces. Averiguando más, hallé que autores serios, en obras publicadas a la luz del día, por ejemplo, el conocido teólogo P. PALMIERI, venían a decir substancialmente lo que yo pensaba. Después advertí que también coincidía el mío con el pensamiento del Padre RAMIÈRE, se entiende también en lo substancial, y sabiendo quién era el P. Ramière aún me tranquilicé más. Estudié las fuentes y me pareció que mi sistema resolvía muchas incoherencias, muchas aparentes antinomias. Y por fin, cuando el inmortal Pío XI publicó sus encíclicas sobre el reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús me convencí de que substancialmente mis ideas, lejos de contradecir a las del Romano Pontífice, en ningún punto esencial discrepaban de la palabra del Papa.»

8. En esta esperanza *CRISTIANDAD*, siguiendo al P. RAMIÈRE y a su *Apostolado de la Oración*

y al P. RAMÓN ORLANDIS, su fundador, ha sentido siempre —como recordaba éste— con la Iglesia, con LEÓN XIII en *Annum sacrum*, con Pío XI en *Arcano Dei*, *Quas primas* y *Miserentissimus*, con Pío XII, en *Summi Pontificatus*.

Ha sentido, también, con SAN Pío X, en un texto de su carta *Notre charge apostolique* —que VERBO viene reproduciendo en su contraportada primera—: «la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla, sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad».

Y sigue sintiendo, con JUAN PABLO II, —el Papa de la consigna ¡No tengáis miedo! ¡No temáis!—, que el 16 de junio último, en su visita a Suiza, en la explanada a de Allemand exhortaba: «La esperanza cristiana nos otorga fortaleza y confianza para seguir nuestro camino en *un mundo* que a muchos les produce miedo y temor y cuyos valores parecen disolverse» ... Cuán cierto es que el hombre «gime» ... «SAN PABLO escucha en ese clamor universal un gemido que percibía como dolores de parto» ... «El gemido está animado por la esperanza. El Apóstol lo dice aún más claramente: “Esperemos que la redención de nuestro cuerpo supondrá nuestra manifestación como hijos o hijas”» ... «Con el Apóstol Pablo reconocemos con realismo, cristiano: “En esperanza hemos sido salvados”.»

«... Quien sólo vé un futuro oscuro, quien afirma que el hombre y el mundo no tienen ya sentido, ese ha olvidado a Dios. Dios no abandona al

mundo; sus planes con el mundo no fracasan. Dios «amó tanto al mundo que le dio su Unigénito hijo, para que todo el que crea en El no perezca sino que tenga la vida eterna (*Ju* 3, 16). Nosotros somos, como Iglesia, el pueblo de Dios peregrino, cuyo camino es Jesucristo y cuya meta es Dios mismo en su gloria.»

«La *esperanza* cristiana no elimina toda *obscuridad*, no hace desaparecer el sufrimiento y las miserias, las preocupaciones y los temores. Todo lo contrario; es el mismo Dios quien toma en serio nuestros sufrimientos y miserias» ... «El hombre que cree y espera sabe que, incluso en medio de todas las contrariedades y pruebas, se halla rodeado por el Dios infinito y amoroso.»

Y más adelante, mirando hacia la tierra, proseguía:

«El día de la creación, al hombre se le encomendó como tarea todo el mundo visible, sobre todo la tierra a fin de que la transformara con “el trabajo de sus manos” (*cfr. Gén.* 1, 28). El hombre contempla hoy con miedo el fruto de su trabajo: ¿Hasta donde ha llegado con la transformación del mundo visible? ¿Qué futuro espera a nuestro planeta?»

«Frente a esta inseguridad y a estos peligros, volvamos a reflexionar sobre el *poder de la oración*. El Señor ha encomendado al hombre la oración para que transforme al mundo desde su propio corazón, para que lo cambie con la fuerza del *Espíritu Santo*; para que lo haga más humano; para que construya en él, junto con Cristo, el Reino de Dios. Para nosotros los cristianos, la fuerza está sobre todo en la oración en ella está *la fuente de nuestra esperanza*.»

CRISTIANDAD, por ser CRISTIANDAD, no se encoge ante el peligro de que la motejen de beata y así sin ningún asomo de empacho se profesa a la luz del día devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, lo cual a no pocos cristianos podrá parecer una sencilla beatería.

Ramón Orlandis, S.J. 1 de mayo de 1945

VERDAD RACIONAL Y ORDEN NATURAL EN EL REINO DE CRISTO

JESÚS GARCÍA LÓPEZ

Catedrático de la Universidad de Murcia

Sean mis primeras palabras para agradecer la amable invitación que se me ha hecho para participar en este acto. Aún recuerdo, con gran emoción, los días que pasé en Barcelona y en Viladrau junto a Jaime Bifill, y en los que conocí por vez primera al P. Orlandis y a la Schola Cordis Jesu. Fue la primera visita, a la que después siguieron otras. Corría el verano de 1951, y puedo decir que aquellos encuentros fueron para mí una nueva luz, un nuevo enfoque, para el conocimiento de Santo Tomás, y un nuevo vigor, un fuego nuevo, para llevar a la práctica, en lo que de mí dependiera, el ideal humano y cristiano de la Soberanía social de Jesucristo. La lectura posterior y asidua de la Revista Cristiandad contribuyó durante muchos años, a incrementar esa luz y avivar ese fuego.

Y he aquí que hoy, al cabo de más de 30 años, me encuentro participando en la conmemoración de los 40 años de la Revista Cristiandad, y con un tema especialmente querido por mí desde aquellas lejanas fechas: la armonía de lo natural y lo sobrenatural en la vida humana individual y colectiva. La primera enseñanza sobre esa armonía me la había dado ya Santo Tomás de Aquino, quien en la cuestión primera de la Suma Teológica dejó estampada aquella fecundísima sentencia: «Como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón se ponga al servicio de la fe, como la inclinación natural de la voluntad rinda obsequio a la caridad» (I, 1, 8, ad 2). Mas precisamente por la profundidad y fecundidad de este pensamiento no se descubren de una sola vez todas sus consecuencias, y es preciso ir extrayéndolas poco a poco. Esto me suce-

dió a mí y debo a mis contactos con la Schola Cordis Jesu y la Revista Cristiandad el haber sacado muchas de esas consecuencias, no conocidas ni sospechadas en un primer momento.

Examinaré aquí algunas de esas consecuencias, y en primer lugar por lo que se refiere a la vida humana individual. En este punto hay que decir que el deseo natural de conocer a Dios (y hasta de verlo) que tiene el hombre (incluso el hombre caído) no es contrariado, sino llevado a su plenitud por la virtud teologal de la fe, por el don de entendimiento y finalmente por la luz de la gloria; e igualmente el amor natural (incluso ilícito) de Dios bajo la razón de felicidad que radica en el hombre (aun después del pecado) tampoco es contrariado, sino llevado a su plenitud por la virtud teologal de la caridad, por el don de sabiduría y, por último, por la fruición de la visión beatífica. Y, sin embargo, de ninguna manera puede afirmarse una continuidad que suponga alguna exigencia del orden sobrenatural por parte del natural. El hombre no puede disponerse por sí mismo, por sus solas fuerzas naturales, para recibir la gracia. Santo Tomás también lo dejó dicho muy claramente: «El hombre no puede prepararse a recibir la gracia sin el auxilio gratuito de Dios, que le mueve interiormente» (I-II, 109, 6).

Por consiguiente existe un orden natural, una naturaleza humana que, aun debilitada en el pecado, permanece íntegra en lo que le es esencial, y por eso puede darse en el hombre, en el plano natural, un verdadero conocimiento de las cosas, una ciencia en sentido propio, y también una cierta moral natural, unas virtudes morales, aunque

con más dificultad y menos perfección que el conocimiento especulativo y la ciencia. Esto hay que mantenerlo frente a todos los excesos que, como el «fideísmo», consisten en negar un plano natural en nuestra vida (al quedar todo absorbido por el plano sobrenatural), o declarar a la naturaleza humana totalmente corrompida por el pecado, de suerte que el hombre, en el estado de naturaleza caída, no puede conocer por sí mismo verdad alguna, ni llevar a cabo ninguna obra moralmente buena. Esto no es así: la gracia —además de su acción sanante— completa a la naturaleza en la línea en que ella es capaz de ser completada y perfeccionada; pero no la anula, no la contraría, no la destruye; por el contrario, la supone.

Es más; dada la distinción existente entre el orden natural y el sobrenatural, nada se opone a que en el orden de las realidades naturales se respeten las leyes inmanentes a la naturaleza misma, y se procure perfeccionar al hombre en esa línea lo más posible: tal es el orden de las ciencias y de la filosofía, el orden de la técnica y del trabajo humano, y el orden de las virtudes humanas, tanto individuales como sociales o políticas. En la naturaleza humana, tal y como se encuentra después de la caída, hay algo positivo, el bien de la propia naturaleza, y algo negativo, el debilitamiento o la enfermedad que son secuelas del pecado. Y es claro que lo negativo no debe ser fomentado, no ya en el orden sobrenatural o con miras a hacernos más aptos para ello, sino tampoco en el orden meramente natural. En todo caso se trata de una deficiencia, de un defecto de la naturaleza, contra lo que el hombre debe luchar en la medida que le sea posible. Por eso, en el mero plano natural, el hombre tiene también un claro objetivo: luchar contra la ignorancia y contra la malicia y contra la debilidad del ánimo y contra la concupiscencia desordenada; lo que supone fomentar el saber en todos los campos, incluido el saber práctico o la prudencia; buscar el bien, no sólo propio sino también de los demás, mediante la justicia; afrontar con decisión las dificultades que se oponen a la práctica del bien, mediante la fortaleza, y moderar la concupiscencia, mediante la templanza. Además, por lo que hace a nuestro cuerpo, debe también mantenerlo sano en la medida en que le sea posible, buscando el remedio a las enfermedades, y tratando de escapar a la muerte mientras pueda lograrlo. Es decir, perfeccionar la naturaleza humana en todas sus dimensiones y a pesar de los muchos obstáculos que para ello encuentre.

Trabajando en este empeño no se aparta del orden sobrenatural, sino que se acerca a él. No es que lo vaya a lograr por sus propias fuerzas. Esto es imposible, como hemos dicho antes, pero sí que puede apartar obstáculos, que ya es bastante, y hacer más apta a la propia naturaleza para que reciba el regalo, el don gratuito, de la gracia.

Por lo demás, sólo la criatura racional, en nuestro caso el hombre o el alma humana, es capaz de recibir la gracia; no alguna otra naturaleza inferior. Santo Tomás lo dice claramente: «Decimos que el alma es el sujeto de la gracia en cuanto pertenece a la especie intelectual o a la naturaleza racional (...). Esta alma difiere según su esencia específica de los otros seres animados, o sea de los animales y de las plantas. Por eso, de que la esencia del alma sea sujeto de la gracia no se sigue que cualquier alma pueda ser sujeto de la gracia, pues esto conviene a la esencia del alma en cuanto pertenece a tal especie», es decir, a la humana (I-II, 110, 4, ad 3). De suerte que, aunque el don de la gracia es completamente sobrenatural, hay una cierta congruencia entre ese orden y el orden natural de la naturaleza humana o de la naturaleza racional en general; pues sólo la criatura racional puede recibir la gracia.

Pero además de este reconocimiento de la naturaleza humana en su propio plano y con las posibilidades de perfeccionamiento que posee en medio de tantas dificultades, hay que reconocer también el orden de la gracia, la elevación gratuita del hombre al plano sobrenatural, aun después de la caída, por la obra redentora de Jesucristo. En este punto hay que condenar también otros posibles excesos que consisten en suponer, bien que la gracia es verdaderamente exigida por la naturaleza humana, bien que aquélla no es superior a ésta, sino la misma naturaleza plenamente desarrollada. En ambos casos hay una supervaloración de la naturaleza humana, que recibe el nombre común de «naturalismo». Y contra ese naturalismo Santo Tomás se ha pronunciado en múltiples ocasiones.

Es un hecho innegable que la renovación de la naturaleza humana por la infusión de la gracia santificante, no supone una restitución del hombre al estado de naturaleza íntegra: los dones preternaturales que el hombre recibió con la gracia en el estado de justicia original no le son devueltos al ser aplicados a él los efectos de la reconciliación con Dios, que supone la Redención. Por la gracia el hombre vuelve a ordenar su mente (su

razón y su voluntad) a Dios, y precisamente en cuanto autor del orden sobrenatural; pero permanecen en él las otras secuelas del pecado: la rebelión de las potencias inferiores respecto de la razón, y la pasividad corporal y la muerte. Por eso, la vida del cristiano, mientras permanece en este mundo, entraña una continua lucha y una identificación con la Cruz de Cristo. Sin embargo, no es menos cierto que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia», y por ello, junto a los muchos medios o ayudas que el cristiano recibe en este mundo para mantenerse fiel a las exigencias de su vida sobrenatural —todas las fuentes de la gracia y en especial los Sacramentos—, tiene la promesa de la futura inmortalidad, del gozo insuperable e inacabable de la gloria o de la bienaventuranza celestial. Allí se acabarán todas las miserias inherentes a la naturaleza humana y todas las que le sobrevinieron por el pecado de Adam; por donde su estado final vendrá a ser mucho mejor que le estado primitivo.

Así es como se restablecerá definitivamente la armonía del orden natural con el sobrenatural; armonía deteriorada, aunque no completamente rota con el pecado original y los demás pecados personales. De hecho, en el estado de pecado, la naturaleza humana se encuentra separada o en desacuerdo con todo el orden sobrenatural de la gracia; pero mientras hay vida hay esperanza, es decir, mientras el hombre vive en este mundo, por muy apartado que esté de Dios, es siempre capaz, con una potencia puramente pasiva o potencia obediencial, de reintegrarse a la amistad con Dios por la recepción de la gracia habitual, para la cual, sin embargo, no puede él prepararse por sí sólo, sino que necesita las mociones divinas que se llaman gracias actuales.

En resumen:

1.º La gracia es completamente distinta de la naturaleza e inconmensurablemente superior a ella.

2.º Ni siquiera en estado de integridad la naturaleza humana tiene exigencia alguna positiva de ser completada o elevada por la gracia, que se llama precisamente así porque es enteramente gratuita. Y por supuesto mucho menos tiene esa exigencia la naturaleza humana enferma o caída.

3.º En todo caso, sin embargo, la naturaleza humana (tanto en estado de integridad como en

estado de enfermedad) tiene una capacidad, una potencia puramente pasiva, para ser completada, elevada y perfeccionada por la gracia, o sea, la gracia no contraría a la naturaleza, ni se opone a ella, sino que la supone.

4.º La naturaleza humana, al perder por el pecado de Adam la elevación al orden sobrenatural, perdió también los dones preternaturales, y quedó afectada en el plano puramente natural de la siguiente forma: no perdió nada de lo que le era esencial y debido por naturaleza; pero quedó debilitada en orden al bien de la virtud por las heridas de la ignorancia (sobre todo práctica), la malicia, la flaqueza moral y la concupiscencia desordenada.

5.º Sin embargo, en el orden puramente natural y en el estado de naturaleza caída, el hombre puede hacer algo (supuesta la moción general de Dios de orden natural) para vencer esa debilidad o enfermedad contraída por el pecado; puede, con muchas dificultades, vencer la ignorancia con la ciencia (incluso práctica y hasta la prudencia); la malicia, con la justicia; la flaqueza, con la fortaleza, y la concupiscencia desordenada, con la templanza. De este modo no solamente se perfecciona en el plano puramente natural, sino que se hace más apto, al menos por la remoción de obstáculos, para recibir la gracia de Dios, que, siempre que le sea concebida, lo será gratuitamente, ya que la única preparación eficaz que cabe para la recepción de la gracia habitual son las gracias actuales o mociones divinas completamente sobrenaturales.

6.º La restauración de la naturaleza humana por la pasión y muerte de Cristo es de hecho ofrecida a todos los hombres. Todos los hombres reciben las gracias suficientes para salvarse. El hombre puede rechazar esas gracias hasta la muerte, y entonces quedará para siempre rota en él la armonía entre lo natural y lo sobrenatural; pero puede asimismo aceptarlas, y entonces no sólo se incoa ya en esta vida la armonía de lo natural con lo sobrenatural, sino que, si persevera hasta el fin, esa armonía quedará sublimada en la otra vida; la muerte será vencida por la inmortalidad, y la naturaleza, elevada a su máxima perfección, quedará empaçada por la sobrenaturaleza o por la misma vida divina.

Y si tal es la armonía y subordinación de lo

natural respecto de lo sobrenatural en la vida individual de cada hombre, otro tanto ocurre o debe ocurrir en la vida colectiva de los hombres agrupados y constituidos en sociedad perfecta. También aquí la gracia supone la naturaleza y la eleva y perfecciona, sin anularla o mutiarla. Porque lo que es la gracia para la naturaleza en el individuo, eso es la Iglesia, el Reino de Cristo, para la sociedad civil en la colectividad.

Consideremos muy brevemente las características de la sociedad civil o sociedad natural perfecta entre los hombres. Tiene un fin, que es el bien común histórico e inmanente: la paz social; un agente, o unos agentes, que son los mismos hombres en cuanto inclinados por naturaleza a vivir en sociedad; tiene una materia, que son los propios hombres y sus agrupaciones naturales, los llamados cuerpos intermedios: familias, ciudades, regiones, agrupaciones profesionales, etc.; y tiene una forma, que es el conjunto de sus leyes y la autoridad, de la que emanan esas leyes y que las hace cumplir. Igualmente la Iglesia, en cuanto peregrina en la tierra, tiene un fin al que aspira con todas sus ansias y que es el bien común trascendente y metahistórico, Dios mismo, o la definitiva paz de Cristo en la plenitud del Reino de Cristo; una causa eficiente, que es Jesucristo, Señor nuestro, su divino Fundador; una causa material, que son los hombres llamados a ser hijos de Dios, hermanos de Cristo, miembros vivos de su Cuerpo místico; y, por último, la causa formal, que es la ley del amor, la caridad, que ha sido derramada en nuestros corazones, en virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado; en definitiva la forma o el alma del Cuerpo místico de Cristo es el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, que es el Amor subsistente y personal.

Pues bien; la armonía entre la sociedad civil y la Iglesia, y la subordinación de aquélla a ésta, se logra cuando la sociedad civil comienza por desarrollarse y perfeccionarse de forma congruente con su propia naturaleza, es decir, cumpliendo los dictados de la ley natural y del derecho natural. Buscando el auténtico bien común inmanente: la paz social, esa «orden sosegada y ese sosiego ordenado», como lo llama Fray Luis de León, y que no se logra sino cuando, junto a la suficiencia de los bienes naturales, se dan también las virtudes naturales, tanto intelectuales como morales, pero sobre todo estas últimas. Virtudes que deben poseer y practicar todos los miembros del

cuerpo social, pero sobre todo los gobernantes y los legisladores; porque no es posible una vida social honesta y verdaderamente enderezada al bien común humano, si las leyes que se dictan y se aplican y se cumplen no son sabias, prudentes y justas, es decir, no son auténticas leyes, pues no son ordenaciones de la razón, sino de la pasión, y no van encaminadas al bien común, sino al bien particular de unos pocos, y no son promulgadas y aplicadas por quienes tienen legítimamente a su cargo el cuidado de la comunidad.

El bien común de la sociedad civil ha sido definido por el Concilio Vaticano II como «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección (*Gaudium et spes*, n. 26); pero es evidente que ese conjunto de condiciones se concreta sobre todo en unas leyes que respeten y fomenten los derechos humanos fundamentales, como son el derecho a la vida, a la integridad corporal, al trabajo y a un decoroso nivel de vida; el derecho a fundar una familia estable y sólida que se logra con el matrimonio uno e indisoluble; el derecho a traer hijos al mundo dentro de esa familia y a educarlos según las propias convicciones morales y religiosas; el derecho a la verdad y a la cultura; el derecho a estar verazmente informado de los asuntos que atañen al bien común; el derecho a asociarse con otros para fines lícitos; el derecho a participar en la vida pública, y el derecho a rendir culto y obediencia a Dios según los dictados de la auténtica libertad religiosa. Es decir que una sociedad movilizadora o dinamizada por sus gobernantes y sus leyes en orden a lograr el auténtico bien común humano, es ya una sociedad dispuesta y apta para recibir la elevación, gratuita siempre, al plano sobrenatural que aporta la Iglesia.

Por su parte la Iglesia ejerce su misión sanante y elevante y en último término salvadora cualesquiera que sean las condiciones de la vida social, siempre que existan individuos humanos que quieran recibir esa acción benéfica, a pesar de las dificultades que opongan las estructuras y ordenaciones injustas de una determinada sociedad. El no entenderlo así es el error capital de las mal llamadas «teologías de la liberación»; porque el fermento cristiano no necesita para prender y crecer más que corazones humildes y dóciles a la acción de la gracia. Pero qué duda cabe que una sociedad justamente ordenada está más pre-

parada y mejor dispuesta para recibir el mensaje cristiano. Además, si ese mensaje es aceptado, la sociedad progresará rápidamente y alcanzará las metas más ambiciosas, incluso en el plano puramente natural.

Porque la paz es obra de la justicia y la justicia se perfecciona con la caridad; por eso, allí donde hay caridad, hay justicia y hay paz, o sea, se alcanza el bien común al que se ordena toda sociedad civil.

Por consiguiente, los cristianos que se hallan inmersos en todos los entresijos y entramados de la vida social deben, por propia vocación, concentrar sus esfuerzos en que la sociedad en que viven sea más justa y más pacífica y más fraterna, porque así preparan y llegan a hacer realidad en el mundo, al menos en parte, el Reino de Cristo. Pero tampoco deben sentirse desalentados y fracasados si esa sociedad en la que están inmersos, y por causas ajenas a su voluntad, es claramente injusta y violenta y egoísta, porque el fenómeno no es de hoy ni de ayer; viene de muy atrás, y, a pesar de ello la Iglesia a continuado y continúa llevando a cabo su misión. Es la larga lucha entre las dos ciudades, la del diablo y la de Dios. En la ciudad del diablo, fundada por el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, se repite una y otra vez el «non serviam» y el «no queremos que éste reine sobre nosotros». Es una confabulación espantosa y constante, ininterrumpida a lo largo de muchos siglos. El Salmo II la recoge de un modo dramático: «¿Por qué se amotinan las gentes y trazan las naciones planes vanos? Se han reunido los reyes de la tierra y se han confabulado contra Dios y contra su Ungido», es decir, contra Jesucristo. Ellos claman una y otra vez: «Rompamos sus ataduras», o sea sus divinas leyes, «y arrojemos lejos de nosotros su yugo», ese yugo del que los criamos sabemos que es suave y ligero. Y entre tanto «el que habita en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos. A su tiempo les hablará en su ira y los conturbará en su furor». Porque Jesucristo ha sido constituido Rey por el Altísimo, y se dirige a El para decirle: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy», o sea, en el interminable presente de la eternidad. «Pídemelo y te daré a las gentes por herencia y por posesión los confines de la tierra. Podrás regir a los hombres con cetro de hierro; aplastar a tus enemigos como a vasija de alfarero».

Pero Jesús, este Rey divino, es manso y humilde de corazón, no quiere imponerse por la fuerza

sino por el amor, y por eso su reino no es de prepotencia, ni de violencia, ni de muerte. Es un reino de verdad y de vida; un reino de santidad y de gracia; un reino de justicia, de amor y de paz.

¡La paz de Cristo en el Reino de Cristo! Qué diferente es esa paz de la que se busca entre los mundanos: equilibrio inestable de fuerzas horrosas y de miedos pavorosos. Y el caso es que el Reino de los cielos sufre violencia y los violentos son los que lo arrebatan; pero se trata de una violencia que cada cual tiene que hacerse a sí mismo, de una lucha constante y sin cuartel contra los enemigos de nuestra alma, que libran su batalla en el interior de nuestros corazones. Hoy se nos dice, por boca de algunos sedicentes teólogos, que es preciso cambiar las estructuras injustas de la sociedad, aunque para ello tengamos que recurrir a métodos violentos contra los instalados cómodamente en ellas; y esto porque si no se cambian previamente esas estructuras no podrá predicarse el mensaje de salvación y de liberación que Jesucristo trajo al mundo, o ese mensaje no podrá ser oído ni aceptado. Pero la Iglesia, nuestra Madre y Maestra, en infinidad de ocasiones y muy recientemente por boca de Juan Pablo II en su visita a Zaragoza, nos viene diciendo que la única manera eficaz de cambiar a mejor esas estructuras injustas, consiste en el cambio, en la conversión, personal de cada uno de nosotros, y de nuestros amigos y conocidos sobre los cuales podemos ejercer el apostolado del ejemplo y de la palabra. A los cristianos les toca continuar, en la medida de sus posibilidades y de las gracias recibidas, la misma misión que Cristo trajo a la tierra, y con los mismos métodos y procedimientos que El utilizó. En realidad es preferible sufrir la injusticia a cometerla; y si somos fieles a ese empeño divino, todo lo demás se nos dará por añadidura.

Es verdad que los pocos o muchos hombres honestos que todavía quedan en el mundo pueden hacer algo, pueden hacer bastante, para sanear la sociedad en el plano puramente natural, y que no se deben ignorar ni despreciar esas energías naturales, sino acogerlas y fomentarlas; pero en el bien entendido que lo verdaderamente importante, lo decisivo, no es la acción del hombre en su afán por acercarse al bien, sino la acción de Dios, el cuidado providente que tiene de todos los hombres, y el impulso irresistible de su gracia en la marcha de la historia. Por eso, el cristiano verdaderamente comprometido en la mejora

de la sociedad con vistas a un futuro mejor, ha de acogerse sobre todo a esa acción de Dios, participar en ella por la oración, por el sacrificio, por los sacramentos, por el apostolado, y también por el trabajo honrado y humanamente bien hecho en todos los órdenes de la vida social. La misión del cristiano en el mundo, y la misión de la Iglesia, ha sido magníficamente sintetizado por Pablo VI en este pasaje de *El credo del Pueblo Dios*: «Confesamos que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, no es de este mundo, cuya figura pasa, y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga cada vez con mayor constancia la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de Dios; finalmente, en que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres. Pero con el mismo amor es impulsada la Iglesia para interesarse continuamente

también por el verdadero bien temporal de los hombres. Porque, mientras no cesa de amonestar a todos sus hijos que no tienen aquí en la tierra ciudad permanente, los estimula también, a cada uno según su condición de vida y sus recursos, a que fomenten el desarrollo de la propia ciudad humana, promuevan la justicia, la paz y la concordia fraterna entre los hombres y presten ayuda a sus hermanos, sobre todo a los más pobres y a los más desgraciados. Por lo cual, la gran solicitud con que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que le impele vehementemente a estar presente a ellos, ciertamente con la voluntad de iluminar a los hombres con la luz de Cristo, y de congregar y unir a todos en Aquel que es su único Salvador. Pero jamás debe interpretarse esta solicitud como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo, o se resfriase el ardor con que ella espera a su señor y el reino eterno».

Hasta aquí Pablo VI. Yo no puedo ni debo añadir nada más.

El ideal de CRISTIANDAD se cifra en estos dos lemas:

1.º AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS;

2.º LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO.

¿Dónde podrá el Mundo hallar la Paz verdadera, que ha de ser fruto y exponente de su salud verdadera? en el reino de Cristo; en el reconocimiento pleno y voluntario de la soberanía de Cristo, de su divina autoridad. Y, ¿cómo podrá ser llevado el Mundo actual, incrédulo y rebelde, a reconocer y acatar la soberanía de Cristo? Por la devoción a su divino Corazón, por la creencia en sus promesas y por la confianza en sus auxilios.

Ramón Orlandis, S.J. 15 de junio de 1946

PARA SOBRENATURALIZARLO TODO: ENTREGA AL AMOR MISERICORDIOSO DEL CORAZON DE JESUS

FRANCISCO CANALS VIDAL

Catedrático de la Universidad de Barcelona

El primer volumen encuadernado de la revista *Cristiandad* se presentaba como publicado por: Ediciones Saldá y Salvany. La alusión al prestigioso hombre de Iglesia catalán, autor del espléndido libro *El Liberalismo es pecado* —que obtuvo una aprobación formal y expresa de la Santa Sede como expresión fiel de la doctrina pontificia— definía intencionadamente una actitud antiliberal.

Los fundadores de la revista, apoyados en la enseñanza de León XIII, entendían el liberalismo como la aplicación en la práctica política de una filosofía naturalista, negadora de toda trascendencia y sobrenaturalidad. Formados en la doctrina del P. Enrique Ramière y alentados por la espiritualidad del Apostolado de la Oración, querían proponer al mundo de hoy el ideal del Reinado de Cristo contra el liberalismo, y el culto al Corazón de Jesús como antídoto contra toda actitud práctica de naturalismo. Expresaban así su propósito en el artículo programático, titulado *El porqué de esta revista*, publicado en el número de prueba, en diciembre de 1943:

«Naturalismo y Liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de «Cristiandad». No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos. Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución.

»El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento, una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan con-naturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

»Por esto «Cristiandad», sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el Naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el Liberalismo, la proclamación de la Soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.»

Al referirse al «liberalismo» y al «naturalismo» como enemigos menos violentos pero más insidiosos, y aptos para minar, bajo aspectos de prudencia y de equidad, las convicciones de los buenos católicos, es claro que la revisión nacía con la intención, no tanto de combatir en su radicalidad y coherencia los errores liberales y naturalistas, cuanto de defender la conciencia católica contra la práctica contaminación, efecto de pretendidas vías medias entre la doctrina católica y los sistemas inspirados en filosofías anticristianas. Esta intención se muestra claramente en un artículo del P. Orlandis de 1.º de abril de 1947, titulado «¿Somos pesimistas?». Es necesario recordar alguno de sus párrafos:

«A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar

por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.*

»Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a El con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano.

»Todos los números de CRISTIANDAD son una profesión de fe y de esperanza en este ideal y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aún hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aún la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos.

De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el obscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?»

En la terminología de «tesis e hipótesis», el P. Orlandis ponía en guardia contra el error práctico que olvida el fin mismo de la acción para dar la primacía como criterio a la situación y a las circunstancias. Esto explica aquella matización que hemos hallado en el artículo programático. De referirse allí al liberalismo en su radicalidad no se le hubiese podido caracterizar como error menos violento. León XIII, en efecto, caracterizaba *qué clase de pecado* era el liberalismo al afirmar que:

«hay muchos imitadores de Lucifer, en su nefando grito No serviré, que con el nombre de libertad defienden una licencia absurda; tales son los partidarios del sistema tan extendido y poderoso que invoca el nombre de la libertad, y quieren llamarse a sí mismos liberales.»

Se fundaba la revista Cristiandad precisamente para mantener despierta la conciencia católica sobre el peligro de que una convivencia práctica, que toma su pretexto del «mal menor», el «posibilismo» o el «realismo político», dejase indefensa la sociedad cristiana ANTE EL ATAQUE DESINTEGRADOR DEL ORDEN NATURAL MISMO Y CEGADOR DE LA ACCION DE LA GRACIA REDENTORA SOBRE LAS REALIDADES HUMANAS, EJERCIDO POR MEDIO DE LOS SISTEMAS POLITICOS, EXPRESION PRACTICA DE FILOSOFIAS ANTICRISTIANAS, QUE HA LOGRADO EFICAZMENTE LA DESCRISTIANIZACION DE LA HUMANIDAD CONTEMPORANEA.

El santo Obispo Torras y Bages, de cuyo sobrenaturalismo y antiliberalismo se profesaba seguidora Cristiandad en su número de 1.º de febrero de 1947, había escrito:

«Separar el elemento divino del elemento humano en todo, tal fue el objeto predilecto del liberalismo y de sus progenitores» (Carta Pastoral «Dios y el César» de 19 de marzo de 1911).

En *La Tradició Catalana* había escrito:

«El conjunto de principios emanados del concepto revolucionario, formando un sistema dirigido al gobierno de los hombres y a la constitución social, es conocido generalmente como liberalismo. Domina en la mayor parte de la Europa contemporánea, y muy especialmente en el mundo latino del uno y otro hemisferio, de modo que nuestra raza, de inteligencia privilegiadísima, que tuvo bastante penetración racional para no dejarse engañar por el error en su forma religiosa y metafísica, se encuentra dominada por el error mismo en el orden político y práctico, tal vez por su temperamento generoso y poco analítico, y este error va minando de manera visible su antigua y fortísima constitución.»

Y precisando en forma inequívoca el error político y práctico que obra la descristianización de las naciones católicas añadía a continuación:

«La inmediata filiación histórica y racional de nuestro liberalismo se encuentra incuestionablemente en la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y en el Contrato Social de J.J. Rousseau. La constitución política de las naciones modernas, por lo menos en su sustancia y en su espíritu, indudablemente proviene de aquellos principios.» (*)

(*) *La Tradició Catalana*, lib. primero cap. 16.

El conjunt de principis emanats del concepte revolucionari, formant un sistema dirigit a la governació dels homes i a la constitució social, és anomenat generalment liberalisme. Domina en la major part de l'Europa contemporània, i principalment encara en el món llatí de l'un i de l'altre hemisferi; de manera que la nostra raça, d'intel·ligència privilegiadíssima, qui tingué prou penetració racional per a no deixar-se enganyar de l'error en la forma religiosa i metafísica, en la invasió protestant; en l'ordre polític i pràctic, tal volta, degut, en part, a son temperament generós i poc analític, es troba dominada pel mateix error, que va minant d'una manera visible la seva antiga i fortíssima constitució.

La immediata filiació històrica i racional del nostre liberalisme es troba inqüestionablement en la famosa Declaració dels Drets de l'Home i en el Contracte social, de J. J. Rousseau. La constitució política de les nacions modernes, almenys en quant a la substància i a l'esperit, és indubtable que prové d'aquells principis.

Así como atribuía al error político y práctico, en que consiste el liberalismo, la descristianización de las naciones, también Torras y Bages había mostrado en el «catolicismo liberal» el factor que los dejaba inermes frente a aquel error. En su escrito sobre la «Influencia de la devoción al Corazón de Jesús en los tiempos modernos» había afirmado.

Al Arrianismo siguió el SEMIARRIANISMO, al Pelagianismo el SEMIPELAGIANISMO, al Liberalismo el SEMILIBERALISMO, O SEA EL CATALOGICISMO LIBERAL, que consiste no en que la religión rija, gobierne y acomode a sus preceptos e inmutables principios a la humanidad, sino en que ESTA SEA LA ARBITRA DE LA RELIGION, LA QUE LA ACOMODE A LAS CIRCUNSTANCIAS, A LAS NUEVAS FORMAS QUE VAYA TOMANDO LA SOCIEDAD ARRASTRADA EN SU CURSO POR MULTIPLES CONCUPISCENCIAS, CERCENANDO DE LA RELIGION LO QUE PAREZCA INCONCILIABLE CON EL ESTADO PRESENTE Y SUJETANDO LO QUE ESTA BAJO DEL CIELO, LO QUE DE DIOS DIMANA, A UN CRITERIO PURAMENTE HUMANO. Aún la Europa contaba muy pocos siglos de Cristianismo cuando la herejía de Arrio, después de imponderables esfuerzos y sufrimientos de la Iglesia Romana, conociendo que no prevalecería con su forma rudamente opuesta al dogma recibido, suavizó sus apariencias de manera que parecía conciliable con el principio católico; la astucia y la hipocresía se presentaron como amigables componedores entre la Iglesia de Cristo y la Sinagoga de Satanás; el mundo les dio incautamente oídos y por un momento según la frase de San Jerónimo, la Iglesia, después del Conciliábulo de Rimini, se quedó pasmada al verse arriana. También la Europa se quedó pasmada de verse liberal, la sociedad a punto de dejar de ser cristiana, cuando en los días de Pío IX, este inmortal pontífice, arremetió contra el error con el que estaban encariñados los sabios y poderosos del siglo, a la faz de todos anatematizó el perverso sistema y, persiguiéndole hasta sus últimas trincheras, cogióle con aquellas manos que la virtud de lo alto fortificaba y aplastole contra la piedra sobre que descansa el humilde trono del pescador.»

La razón y oportunidad de la *Quante cura* y el *Sylabus* de 8 de diciembre de 1864, de que se ocupaba un artículo de Jaime Bofill en 15 de mayo de 1944, quedan ahora más patentes que antes,

para quien se esfuerce en buscar razones en la experiencia histórica y en la situación contemporánea, para mejor apoyar el obligado asentimiento a la doctrina católica expuesta por el Magisterio eclesiástico. En el *Sylabus* se enumeraban los errores filosóficos inmanentistas y hostiles a toda idea de Dios trascendente, soberano y libre creador y Salvador del mundo, que se traducían en los sistemas imperantes en el mundo político. Pero la motivación concreta del célebre documento de Pío XI era el salir al paso de las conciliaciones propuestas hacía pocos años por los católico-liberales. En nuestros días, para quien no se empeñe en negar incluso la experiencia para enfrentarse con mayor audacia a la doctrina católica, se hace más patente la intención de aquella proposición 80 que se convirtió en el escándalo del siglo:

«La Iglesia católica puede y debe reconciliarse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

Al condenar como errónea esta proposición, es claro que se entendían sus palabras en el mismo sentido e intención con que las utilizaban los que acusaban a la Iglesia de haberse enfrentado indebidamente a aquellas corrientes. Hoy todos entendemos, quienes los propugnan y quienes los combaten, que a mayor «modernidad», «progreso» y «liberalismo», tanta mayor celeridad en la corrupción moral de las nuevas generaciones, menor número de matrimonios y menor estabilidad en los mismos, crecimiento de la plaga del divorcio y del crimen del aborto, y disminución de la fe religiosa en la vida social, en la cultura, en la familia y en la vida personal de los hombres de hoy.

La corriente propugnada por los falsos profetismos que invitaban a la Iglesia a aprobar la separación del hombre respecto de Dios, la emancipación de lo que está bajo el cielo, lo terreno, frente al llamamiento de lo sobrenatural y celeste, ha dado sus frutos. Son los frutos anunciados por Pío IX, en enseñanzas ratificadas y desarrolladas en los Pontificados sucesivos.

El Papa Pío XI, exponiendo la motivación y finalidad de la fiesta de Cristo Rey, describía el proceso histórico que había llevado a la descristianización y a la destrucción de la sociedad. Lee-mos en encíclica *Quas primas*, de 1925:

«Si mandamos que Cristo Rey sea reverenciado por todos los católicos por lo mismo habremos mirado por la necesidad de estos tiem-

pos y habremos aplicado un remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad. Nos referimos al que llaman laicismo, peste de nuestros tiempos, a sus errores y malvadas tendencias: el cual crimen, por cierto, Venerables Hermanos, sabéis que no maduró en un solo día, como quiera que, hacía ya tiempo, estaba latente en las entrañas de la sociedad. Pues comenzó a negarse la soberanía de Cristo sobre todas las gentes: negóse lo que brota del mismo derecho de Cristo, es decir, el derecho de la Iglesia de enseñar al género humano, de dar leyes, de regir los pueblos, que han de ser guiados a la eterna felicidad. Luego se equiparó poco a poco la religión de Cristo con las falsas, y se la colocó muy indecorosamente en el mismo plano; a continuación se la sometió al poder civil, y se la expuso casi del todo al capricho de los príncipes y magistrados; pasaron más adelante los que pensaban que era menester se instituyese una religión natural, cierto sentimiento natural del espíritu en vez de la divina religión. No faltaron naciones que pensasen que podían pasar sin Dios y que su religión podía estar basada en la impiedad y desprecio del mismo. Hemos lamentado en la Carta Encíclica *Ubi arcano* y de nuevo lamentamos hoy los amarguísimos frutos, que tan frecuentemente y por tanto tiempo produjo tal deserción de Cristo, ya de parte de los individuos ya de las naciones: es decir, la siembra general de las semillas de la discordia y las llamas de la envidia y las rivalidades entre los pueblos, que tanto demoran hasta el presente la conciliación de la paz; el desenfreno de las pasiones, que se cubren no raras veces con la apariencia de bien público y de amor patrio, y lo que de él se deriva, ya las divisiones entre los ciudadanos, ya el ciego e inmoderado amor propio, el cual, como no tenga otro ideal que la particular utilidad y medro, mide con esta norma todas las cosas; la total ruina de la paz doméstica a causa del olvido y descuido de los deberes; el relajamiento de la unión y estabilidad de la familia; finalmente el sacudimiento y destrucción de la humana sociedad.»

Esta espléndida y auténtica denuncia profética de la apostasía de las naciones cristianas, resume la doctrina de todos los Pontífices anteriores. En el texto de Pío XI aparece muy claramente el fundamento de la afirmación del P. Orlandis, que en su artículo «*Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey*», de 1.º de noviembre de 1945, soste-

nía que «el laicismo» condenado por Pío XI ha de ser entendido como idéntico con el liberalismo, o tal vez como el liberalismo llegado a su mayor edad y plenitud.

El mensaje propuesto al mundo por Pío XI: «La Paz de Cristo en el Reino de Cristo» que el propio Pontífice presentaba como una consecuencia de la fórmula del Apóstol Pablo que fue el lema de San Pío X: «Instaurar todas las cosas en Cristo» orientó la formación dada por el P. Orlandis a quienes fundaron la revista *Cristiandad*. El propio P. Orlandis sintetizaba en una conferencia dada en el mes de enero de 1943 las concepciones teológicas y espirituales del P. Ramière con estas palabras:

«El cristianismo no ha venido a suprimir nada de lo propio a la naturaleza humana, sino a jerarquizarlo todo en un orden de valores conducente al fin sobrenatural»

y en el artículo antes citado «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», insistía en presentar como la necesidad más urgente de nuestro tiempo la de «sobrenaturalizarlo todo», esto es sanar y elevar por la gracia redentora la totalidad de las realidades humanas en todas sus dimensiones individuales y sociales y en su despliegue histórico.

Por esto la revista *Cristiandad*, emprendida por católicos seculares por su propia iniciativa y responsabilidad, dirigida a la animación cristiana del orden temporal, y consistente en una empresa apostólica de las que en el lenguaje del derecho canónico actual debería caracterizarse como «privada», encontró tal vez la mejor definición de su tarea en la carta que en nombre del Papa Pío XII dirigió el entonces sustituto de la Secretaría de Estado Juan Bautista Montini, el futuro Paulo VI, al Director de *Cristiandad*. Dice allí:

«Bien sabe Vd. la benevolencia con que el Santo Padre siempre distingue a tan prestigiosa revista, pues no le es desconocido el criterio sobrenatural con que ella trata de iluminar las conciencias en los humanos acontecimientos, realizando así un valioso apostolado.»

En esta sesión conmemorativa me parece oportuno destacar dos caracteres nucleares de este criterio sobrenatural a la que hemos querido servir en las páginas de *Cristiandad*. El primero es aquél que nos ha expuesto fundamentadamente Juan Vallet de Goytisolo: «Nuestro propósito de

sentir con la Iglesia, concretado en la aceptación plena de toda la “doctrina católica”, es decir de todas aquellas enseñanzas del Magisterio ordinario referentes de algún modo a la vida cristiana o a la ley natural, y que la Iglesia propone por su conexión necesaria con la salvación de los hombres, y con la ordenación de las sociedades congruente con aquella salvación.

Es el segundo la insistencia en la confianza en la gracia y misericordia de Dios, único camino por el que el hombre puede recibir el designio misericordioso de Aquél cuyo nombre es el único que se ha dado a los hombres bajo el cielo para que puedan ser salvos.

Con relación al primer punto convendrá dejar sentadas algunas precisiones. El Concilio Vaticano II, en la Declaración *Dignitates humanae* afirma la existencia y el mantenimiento en su integridad de la «tradicional doctrina católica» sobre los deberes de las sociedades hacia la religión verdadera y la única Iglesia de Cristo. Es demasiado frecuente en nuestros días desconocer u olvidar prácticamente la existencia de tal doctrina católica, y no sólo en este capital punto, sino también en la totalidad de los ámbitos de lo que el P. Orlandis llamaba cuerpo de doctrina religioso-político-social programa del Reino de Cristo.

Efecto de este desconocimiento u olvido es la falsa perspectiva que ve las intervenciones del Magisterio como si se insertasen en el contexto de las corrientes que en forma continua y con apariencia de alternativa y oposición han marcado el ritmo de las modernas revoluciones anticristianas.

Una lectura atenta y respetuosa a las palabras mismas del magisterio eclesiástico, especialmente pontificio, muestra por el contrario la permanente continuidad de la verdad católica en este campo, y da luz para comprender el dinamismo profundo de las corrientes anticristianas. Así, convendría recordar siempre que la doctrina social católica, ya desde la primera encíclica, la nombrada, pero tal vez poco leída *Rerum novarum*, juzga el desorden e injusticia social realizado en la moderna sociedad industrial capitalista, como una consecuencia de la subversión del orden político por los principios de la revolución liberal:

«Despertado el afán de cosas nuevas que desde hace tiempo agita los Estados, necesariamente había de suceder que el deseo de cambiar el orden político se extendiese al económico, tan íntimamente ligado a aquél.»

Si el desorden y falta de armonía en las relaciones económico-sociales fueron juzgadas por León XIII como resultado de la evolución política que había destruido el orden natural y la «filosofía del Evangelio» que gobernaba antes los Estados de la Europa cristiana, la pretendida reacción contra las injusticias del mundo liberal representada por las corrientes socialistas, ha sido a su vez juzgada por la Iglesia como un más radical ejercicio en la vida social el antropocentrismo e inmanentismo anticristiano.

En un documento del Papa Benedicto XV, sobre el cincuentenario del patrocinio de San José sobre la Iglesia Universal de 25 de junio de 1920 el Papa aludía a «los errores del socialismo, el enemigo más hostil de la sabiduría cristiana» juicio luminoso cuyo sentido se hace comprensible si consideramos que el comunismo condenado por Pío XI, y que se afirma a sí mismo como el verdadero y consecuente socialismo, fue juzgado por Pío XI como realizando en nuestro tiempo el anuncio del Apóstol Pablo en su II carta a los Tesalonicenses, esto es, como el misterio de iniquidad por el que el hombre del pecado se levanta contra todo lo que se llama Dios o recibe culto. Dice Pío XI:

«Por primera vez en la historia asistimos a una lucha fríamente calculada y cuidadosamente preparada contra todo lo que es divino.»

La experiencia muestra efectivamente la espantosa fuerza descristianizadora de estos movimientos políticos, inspirados en filosofías anticristianas, que han dominado el Occidente antes cristiano, hasta conducirnos a la situación que el Papa Paulo VI describió como «nefasto secularismo».

Esta serie sucesiva de agresiones han producido el desorden, la «anomia» esto es el desajuste y desquiciamiento de aquel orden natural que la gracia preexige y que está destinada a elevar. De aquí la necesidad y la legitimidad de toda acción que por los medios humanos defienda la sociedad contra tales agresiones. Una presencia de los católicos en la vida política, un esfuerzo por restaurar el orden natural y reconquistar la verdad en el campo filosófico, científico, una búsqueda de expresiones culturales y artísticas que mantengan presente en el mundo de hoy la síntesis de la religión y de la vida, es una actitud no sólo lícita sino

obligada. Tal vez pensaba en esto nuestro Maestro el P. Orlandis al decir en su lecho de muerte a uno de sus más fieles amigos y discípulos: «LO QUIERO TODO».

Pero la revista *Cristiandad*, cuyos redactores se habían nutrido en el mensaje del Amor Misericordioso del Corazón de Jesús, manifestado al mundo desde Santa Margarita María hasta Santa Teresita del Niño Jesús, sintió además la vocación de recordar con insistencia la primacía de la confianza en la misericordia y la gracia de Dios como único medio eficazmente congruente para que sea posible anunciar en las difíciles circunstancias de nuestro tiempo, la salvación que sólo de Dios, por los Corazones de Jesús y de María puede venir hasta nosotros.

Sería un grave error práctico creer que, por haberse ejercido la acción descristianizadora muy especialmente en el ámbito de la desintegración del orden natural de las sociedades, y a través de políticas profundamente anticristianas, pudiesen los católicos emprender la defensa del orden cristiano, del Reinado de Cristo en la vida social, principalmente confiando en esfuerzos de orden cultural y político.

Ante la apostasía de las sociedades cristianas, frente a «demonios que sólo se vencen con la oración y el ayuno», nuestro Maestro el P. Orlandis insistía en que el conocimiento de la realidad tenía que llevar a los cristianos de nuestro tiempo a la plena conciencia de la insuficiencia de todos los medios, semihumanos y ordinarios, en orden a superar las extraordinarias dificultades de nuestros tiempos. De aquí su insistencia, no sólo en mantener firme y el ideal y la esperanza del Reinado de Cristo, que exige «sobrenaturalizarlo todo», o como afirmó Paulo VI «sacralizarlo todo», sino en orientar a sus oyentes y discípulos, hacia un práctico reconocimiento de que sólo la efusión misericordiosa de la gracia redentora puede dar fuerzas, incluso a las capacidades naturales humanas para su propia reintegración.

Recuerdo haberle oído afirmar con insistencia su convicción de que resultaría, para nuestros tiempos, ineficaz un apostolado nutrido en los ideales del P. Enrique Ramière, que rehusase aceptar el mensaje de infancia espiritual y de entrega al amor misericordioso del que fue mensajera Sta. Teresita del Niño Jesús.

Sólo desde la perspectiva de este mensaje espiritual, que se expresó en el escrito «Pensamientos y Ocurrencias», ya publicado en las páginas de nuestra revista en otras ocasiones, puede comprenderse el sentido de la tarea propia de nuestra revista Cristiandad. Toda empresa natural sobrenaturalizada para la que nos sintiésemos con concreta vocación y aptitud, habría de encontrar la raíz de su posibilidad en el hecho de «los de Schola», los formados en la Sección del Apostolado de la Oración que el P. Orlandis fundó, fuesen fieles a la que era como su vocación colectiva, «la vocación de todos», como se dijo con precisión en el número dedicado al recuerdo del P. Orlandis después de su muerte, publicado en septiembre de 1958.

Esta «vocación de todos» es la de proyectar una actitud sobrenaturalizadora de todas las dimensiones de lo humano, mediante la afirmación no sólo del ideal del Reino de Cristo, sino de su esperanza apoyada en las promesas del Señor, las promesas del Corazón de Jesús comunicadas a Santa Margarita M.^a de Alacoque; una afirmación práctica que penetrase la totalidad de nuestra

vida y la orientase siempre a la fidelidad, a la confianza y entrega al amor misericordioso del Corazón de Jesús.

Los redactores de Cristiandad podemos ciertamente, y es incluso para nosotros nuestra vocación y deber esencial, sentirnos llamados, después del Concilio Vaticano II, por aquellas palabras que Paulo VI dirigía, en 1965 a los superiores de las Ordenes y Congregaciones Religiosas dedicadas al Apostolado del Sdo. Corazón de Jesús:

«Juzgamos que ésta es vuestra genuina tarea, vuestra actividad propia: a saber, que siguiendo la sagrada vocación que habéis aceptado libremente, difundáis cada vez más el amor al Sagrado Corazón, y mostréis a todos con la palabra y el ejemplo cuán necesario sea que la esperada renovación del pensamiento y de la vida y la mayor eficacia de las Instituciones de la Iglesia según los principios del CONCILIO ECUMENICO VATICANO II, tomen precisamente del Sagrado Corazón su inspiración y su impulso.»

La característica de los tiempos actuales es la rebelión contra la realeza de Cristo, el intento porfiado de las naciones de emanciparse de Cristo Rey. La libertad proclamada y propagada por la Revolución francesa es la negación más o menos hipócrita de la Fe de Cristo, porque encadena la razón; de la obediencia a la Iglesia de Cristo, porque es contraria a la dignidad del hombre e impide su desarrollo perfectivo. Con Jesucristo en abstracto tal vez se transigiría, pero con Jesucristo, que confió al Papa el mandato exclusivo de representarle en su autoridad divina ante el género humano, con la afirmación de que la Iglesia Católica es la única Iglesia de Jesucristo, no hay transacción posible. Que abdique el Papa su autoridad exclusiva, es decir, que deje de ser Papa, y el mundo nacido de la Revolución francesa le reconocerá como el PRIMUS INTERPARES. Que Jesucristo destruya su obra, que renuncie a su soberanía, o la delegue en la HUMANIDAD, que otorgue una constitución democrática, que la asamblea de la HUMANIDAD tenga potestad para modificar y abrogar leyes divinas y naturales a su talante, y el problema religioso planteado por la Revolución quedará resuelto automáticamente.

Ramón Orlandis, S.J. 1 de noviembre de 1946

LA SABIDURIA DE LOS HUMILDES

«Cuando los pueblos y las clases sociales se desafían o se enfrentan por la preponderancia económica o política, Teresa del Niño Jesús aparece con las manos vacías: fortuna, honor, influencia, eficacia temporal, nada le atrae, nada la retiene, sino sólo Dios y su Reino. Pero en desquite, el Señor la introduce en su casa, le confía sus secretos; El le ha revelado todas estas cosas que encubre a los sabios y poderosos. Y ahora, después de haber vivido silenciosa y oculta, *he aquí que habla, he aquí que se dirige a toda la Humanidad*, a los ricos y a los pobres, a los grandes y a los humildes. Y les dice con Cristo: *Entrad por la puerta estrecha...*

«La puerta, estrecha en verdad, pero accesible a todos, es la de la humildad. Teresa del Niño Jesús, que por ella entró en el paraíso, se mantiene en el umbral, los brazos cargados de rosas, y muestra su «caminito de infancia». *Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio, lo que ha vuelto a hallar*, mas con qué atractivo, con qué frescor. «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos». No os apoyéis, pues, en la fuerza, el dinero, la inteligencia y todos los demás recursos humanos. *Buscad lo único necesario. Aceptad el yugo del Señor, suave y ligero, reconoced su soberano dominio sobre vuestras personas, vuestras familias, vuestras sociedades, vuestras naciones.* Acoged su ley de mutua ayuda fraternal y conoceréis la paz y la tranquilidad. Renunciando a los apoyos ilusorios de una civilización completamente material, hallaréis la verdadera seguridad que Dios da a los que no adoran más que a El».

Radiomensaje de S.S. Pío XII. 11 de julio de 1954

CRISTIANDAD

LAURIA, 19, 2.º, 1.ª
TELEFONO 317 47 33
BARCELONA - 10

Suscripción anual para España	1.500 pesetas
Suscripción extranjero	15 dólares
Precio del número suelto	300 pesetas